



Todo Es Ventura

Juan Ruiz De Alarcón Y Mendoza

Personas que hablan en ella:

- **TELLO, galán**
- **EL DUQUE Alberto, galán**
- **Don ENRIQUE, galán**
- **EL MARQUÉS, galán**
- **MARCELO, criado del duque**
- **FABIO, criado del duque**
- **JULIO, criado del duque**
- **SANCHO, criado del marqués**
- **CASTRO, escudero de Leonor**
- **Un ALGUACIL**
- **LEONOR, dama**
- **BELISA, dama**
- **CELIA, criada**
- **UN GALÁN, que acaba luego**
- **TRISTÁN, gracioso, criado de don Enrique**
- **Un PAJE**
- **GENTE**
- **ALGUACILES**

ACTO PRIMERO

*Salen don ENRIQUE, TELLO y
TRISTÁN*

ENRIQUE: Tello...
TELLO: Señor ...
ENRIQUE: Ya ha logrado
la Fortuna su intención,
pues mi larga pretensión
me ha traído a tal estado,
que no puedo sustentar
los criados que solía.
TRISTÁN: Negocio que cada día
sucede en este lugar.

A TELLO

ENRIQUE: Grande es Madrid. Muchos buenos
con quien medres hallarás;
no puedes esperar más
ya de mí que ir siempre a menos.
Obligado estoy de ti;
conmigo te has de perder.
Ningún bien te puedo hacer
como apartarte de mí.
Sólo ya en mi compañía
quedará agora Tristán,
y según mis cosas van,
presto llegará su día.
TRISTÁN: No llegará--¡vive Dios!--
que aunque despedirme quieras
por pobre, donde tú mueras
hemos de morir los dos.
TELLO: Sin razón me has despedido;
que también moriré yo,
si está en eso.
ENRIQUE: No harás, no;
que eres tú menos sufrido.

A TRISTÁN

Yo sé bien de qué manera
te fatigas si algún día
falta el sustento. ¿Qué haría
si en un año no lo hubiera,
como de mi pobre estado
es ya forzoso temello?
Tú te ves agora, Tello,
de ese vestido adornado.

No tienes más que esperar;
porque si roto lo ves,
ni hallarás amo después,
ni yo te lo podré dar.

TELLO: Habréte de obedecer,
pues es mi fortuna escasa;
porque a "salte de mi casa"
no queda qué responder.

Yéndose don ENRIQUE

ENRIQUE: Lo que puedo asegurarte
es que si el cielo algún día
colma la esperanza mía,
tendrás en ella gran parte.

TELLO: Guárdete Dios; que lo creo
de ti todo; y quiera Amor
que con Belisa, señor,
logres tu justo deseo.

Vase don ENRIQUE

TRISTÁN: Tello, adiós.

TELLO: Tristán, adiós.

TRISTÁN: Él sabe que voy sentido
de ver que haya dividido
la Fortuna así a los dos.

Vase TRISTÁN

TELLO: ¡Bueno habéis quedado, Tello,
sin amo y sin un real,
sumado todo el caudal
en un vestido y un cuello!
Amigo no lo tenéis,
ni aun conocido en la corte;
pues si a dueño que os importe
entrar a servir queréis,
¿que poderoso señor

para ello os ha de ayudar,
si en Madrid se ha de alcanzar
hasta el servir por favor?

*Salen doña LEONOR y CELIA, con mantos,
tapadas, y un GALÁN*

TELLO: (De un coche se han apeado **Aparte**

dos damas solas, a quien
quizá, como a mí, también
saca su tristeza al Prado.

Con ellas quiero un momento
mis desdichas olvidar;
mas no teniendo qué dar,
me falta el atrevimiento.

Ya se ha llegado a coger
otro la ocasión.

GALÁN: El velo
que niega el hermoso cielo,
señora, habéis de correr;
que ninguna cosa es bella
entre la tiniebla oscura.

LEONOR: Galán, ni tengo hermosura,
ni a vos os importa vella;
y la mayor cortesía
que hacerme agora podéis,
es que solas nos dejéis.

*Sale don ENRIQUE y TRISTÁN, y hablan aparte
los dos*

ENRIQUE: En el talle y bizarría
es ella.

TRISTÁN: Como la noche
su manto empieza a tender,
no la puedo conocer;
mas puesto que partió el coche
de cas de Belisa, es llano
que es ella.

ENRIQUE: Seguir la quiero.

Al GALÁN

LEONOR: Ya os vais pasando al grosero
del limite cortesano.

GALÁN: No os espantéis; que yo os veo
tan constante en porfiar,

un tan necio porfiar.

TELLO saca la espada

TELLO: ¡Oh, que bien riñen los dos!

Éntrase TELLO; cae dentro el GALÁN

GALÁN: ¡Muerto soy! **Dentro**

CELIA: Presto pagó
su delito el desdichado.

TRISTÁN: ¿No hubiera aquí otro criado
con quien me matara yo?

A TELLO o a don ENRIQUE, que vuelven a salir

LEONOR: Mirad por vos, caballero.

ENRIQUE: La noche me ha de ayudar.

Vase don ENRIQUE y TRISTÁN con él

TELLO: La justicia ha de llegar,
y al que topare primero
ha de ser el delincuente.
quiero quitarme de aquí.

Vase TELLO

LEONOR: Ya la justicia--¡ay de mí!--
ha acudido, y diligente
buscando va al homicida.
Válgale la obscuridad.
¡Cielos, a un hombre ayudad
que me deja agradecida!

Sale el DUQUE

DUQUE: Hermosa doña Leonor,
¿qué es esto?

LEONOR: Sin duda el cielo
por fin de mi desconsuelo
os trajo agora, señor.
Un hombre aquí descortés
por fuerza verme quería

el rostro, y su demasía
otro, que no sé quien es,
con la espada castigó;
y la justicia al momento
llegó, y va en su seguimiento.
Duque, la causa soy yo.

Si es verdad que me estimáis
mostradlo agora; librad
a quien vida y libertad
arriesgó por quien amáis.

DUQUE: ¿Por dónde va?

LEONOR: Hacia la calle
de Alcalá.

DUQUE: Tu amante soy.
No te aflijas, que yo voy,
bella Leonora, a libralle.

Vase el DUQUE

LEONOR: ¡Plega a Dios que a tiempo
llegues que le valga tu favor!

CELIA: No hay cosa como un señor
por amante. No me niegues
que es gran gusto ser amada,
señora, de un hombre tal,
que pueda en un lance igual
hacer una señorada.

LEONOR: Celia, si las voluntades
no mueve la inclinación,
de poca importancia son
provechosas calidades.

De un hombre viviera yo
con gran gusto enamorada,
como el que ahora la espada
en mi defensa sacó.

¡Con qué bizarro ademán
y airosa resolución
dio en un punto información
de valiente y de galán.

CELIA: ¿Y conoceráslo?

LEONOR: No;
que aunque la luz me ayudara,
para no verle la cara
la turbación me bastó.

CELIA: ¿Si alcanzase en un instante,
sin haberlo pretendido,
éste lo que no ha podido
el duque en siglos de amante?

LEONOR: ¡Calla, necia!

CELIA: (¡Plega a Dios, **Aparte**
no conocido homicida,
que con una misma herida
no hayáis muerto a más de dos!)

*Vanse doña LEONOR y CELIA. Salen un
ALGUACIL con GENTE, asido de TELLO; luego, el DUQUE y FABIO*

TELLO: ¿No ha de valer la verdad?
ALGUACIL: ¡Eso es bueno!
TELLO: ¡Santo cielo!
A vuestra justicia apelo.

Salen el DUQUE y FABIO

DUQUE: Hidalgo...
ALGUACIL: ¿Quién es?
DUQUE: Parad.
El duque Alberto.
ALGUACIL: Señor,
¿qué me manda vueselencia?
DUQUE: Qué es esto?
ALGUACIL: De una pendencia
llevo preso al agresor,
que en este punto en el Prado
una muerte ha cometido.
TELLO: Favor, gran señor, os pido;
que el Alguacil se ha engañado.
ALGUACIL: Mirad si es causa bastante
ver que apriesa se apartaba
del lugar en que dejaba
hecho un daño semejante,
y hallar cuando le alcancé
que lleva, señor, la espada,
como veis, desenvainada.
TELLO: A poner paz la saqué.
ALGUACIL: Pues, ¿por qué íbades huyendo,
si decís verdad, de mí,
sin culpa?
TELLO: Porque temí
lo que me está sucediendo.
DUQUE: Aunque en este caso veo
que tenéis bastante indicio
para ejercer vuestro oficio
justamente, también creo
que está sin culpa este hidalgo;
mas que esté inocente o no,
ya estoy de por medio yo,

y si puedo con vos algo,
le habéis de dar libertad.
ALGUACIL: Vueselencia manda cosa,
no sólo dificultosa,
pero imposible.
DUQUE: Acabad;
que por mí lo habéis de hacer,
por más que imposible sea.
ALGUACIL: Señor, vueselencia vea
que será echarme a perder.
DUQUE: A ser vuestro defensor
me obligo.
ALGUACIL: ¡Un necio fiara
en eso, y aventurara
quietud, hacienda y honor!
DUQUE: Acabad, pues; lo que os pido
haced ya. Dejad el preso,
y advertid que vengo a eso
resuelto, si comedido;
que me lo ha mandado así
quien puede; y puesto que ya
lo intenté, fuerza será
acabar lo que emprendí.
ALGUACIL: En fin, ¿viene vueselencia
determinado?
DUQUE: Si el suelo
pidiese rayos al cielo
con que hacerme resistencia,
le ha de valer mi favor.
ALGUACIL: Pues menor inconveniente
es librar un delincuente
que indignar a un gran señor.
¡Dejadle!

Los que rodeaban a TELLO le dan paso y se van

Su espada es ésta.

Se la da

DUQUE: Sois cortesano y discreto,
y que no os pese os prometo,
si cuanto tengo me cuesta.
Y responded, si la fama
culpare este desconcierto,
que os lo mandó el duque Alberto,
y al duque Alberto una dama.
ALGUACIL: Mostráis vuestro gran valor.

Vase el ALGUACIL

DUQUE: Tu, Fabio, volando lleva
a mi Leonora esta nueva.

FABIO: Alas me dará tu amor.

Vase FABIO

TELLO: Las plantas besaros quiero.

DUQUE: Levantad, por vida mía;
que el valor y cortesia
dicen que sois caballero.

Dadme esos brazos, en quien
tiene el pecho aprisionado
el valor que hoy han mostrado.

TELLO: Aunque me estuviera bien
ser yo el autor de la hazaña
por quien pretendéis honrarme
y a esos brazos levantarme,
por Dios, señor, que se engaña
vuestra excelencia en pensar
que yo le maté.

DUQUE: ¡Esto sí!
Yo quiero el valiente así,
que sepa hacer y callar.

Solos estamos. Mirad
que mi amistad ofendéis,
y por más que lo neguéis,
sé que es ésta la verdad.

Y así pretendo saber
quién sois; que un amigo quiero
daros en mí verdadero.

TELLO: (¿Al fin tengo yo de ser
valiente por fuerza? Sí,
vaya. ¿Qué puedo arriesgar?
Quizá me viene a buscar
la Fortuna por aquí.)

Tened por cierto, señor,
que puede en mi pensamiento
más que el más grave tormento
la fe de vuestro valor;

que de un verdugo, hasta dar
el alma, pedazos hecho,
supiera callar mi pecho
lo que me hacéis confesar.

Fernán Tello de Meneses,
excelso duque, es mi nombre;
Cádiz mi patria, mis padres,

Aparte

tanto como hidalgos, pobres.
Luego que la juventud
me ciñó al lado el estoque,
fui soldado de la flota
que los indios mares corre.
Tres veces de Nueva España
pisé los preñados montes,
cuyos partos enriquecen
de plata los españoles;
y nunca de sus tesoros
vi que una parte me toque;
que también van a las Indias
las desdichas con los hombres.
Con esto determiné mudar
de mi vida el orden;
que en largas enfermedades
se han de mudar las regiones.
A Madrid vine buscando
la fortuna; conocíome
un indiano caballero
que está aquí en sus pretensiones,
y supuesto que no pierden
de su calidad los nobles
en servir, y que no tuve
otro remedio en la corte,
entré a servirle ha seis meses;
y él esta tarde sacóme
triste hacia el Prado,
y en él me dijo en breves razones
lo mismo que yo sabía,
y es que ya se ve tan pobre,
que es fuerza que de los gastos
lo más que pudiere acorte.
Quedé sin amo y sin gusto,
cuando al venir de la noche,
de un coche al Prado salieron
dos damas, solas. Llegóse
un importuno galán,
y entre promesas y amores
hizo fuerza en descubrirlas,
hasta que el manto les rompe,
hasta que le llaman necio,
hasta que riñen a voces,
hasta que en efeto falta
la paciencia a quien las oye;
que el ver damas ofendidas
y descomedido un hombre
el castigo apresuró
del poco dichoso joven,
a quien, como di la muerte

con tan justa causa entonces,
le diera la vida agora,
pues él hizo que yo goce
de haceros aquel servicio
y alcanzar estos favores.

DUQUE: ¿De modo que habiendo visto
que estimé aquella desorden,
lo negábades? ¡Qué bien
vuestro valor se conoce!
En vos, Tello, no han entrado
las costumbres de la corte;
que en ella los lisonjeros
que cercan a los señores,
diciendo lo que no hacen,
en obligación los ponen;
y vos negáis lo que hacéis
--prueba de valiente y noble.

TELLO: Vos me honráis como quien sois.

DUQUE: Levantad, y si en la corte
habéis de servir, haced
lo que la suerte dispone,
pues estos sucesos quieren
que a mí ese cargo me toque.

TELLO: Dadme la mano por quien
soy dichoso.

DUQUE: Gentilhombre
sois de mi cámara, Tello.

TELLO: El cielo esos años logre.

DUQUE: Esto es comenzar. Mercedes
esperad de mí mayores.

Vase el DUQUE

TELLO: Prosigue lo que comienzas
y acaba lo que dispones,
Fortuna, pues por tu gusto
dan este giro tus orbes.

Vase TELLO. Salen don ENRIQUE y TRISTÁN

TRISTÁN: Ni ellas supieron quién eras,
ni tú quién eran supiste;
sólo en el difunto triste
no fueron tus obras huera.
¿Sabes qué me ha parecido?
Que en este caso presente
lo mismo que al maldiciente
poeta te ha sucedido.

ENRIQUE: Di cómo.
TRISTÁN: Que porque huya
de la sátira la pena,
por más que le salga buena,
no puede decir que es suya;
y después que la memoria
y entendimiento ha cansado,
se queda con el pecado,
y no se lleva la gloria.
Pues el mismo lance echaste.
Pusiste en riesgo la vida,
fuiste de un hombre homicida,
y a nadie en ello obligaste.
ENRIQUE: Como el coche se partió
de cas de Belisa, fue
con razón si me engañé.
Ella la causa me dio;
pero, ¿qué bien por Belisa
pudo venirme?
TRISTÁN: Esta vez
de que fueras mal jüez
lo sucedido me avisa;
pues fuera sentencia aguda
que si estaba tu querella
en duda de si era ella,
a él lo matases en duda.
Mas con incierta ocasión
hacerle tan cierta injuria
más fue enamorada furia
que justa resolución.
ENRIQUE: En lugar de consolar,
¿es bueno, Tristán, reñir?
TRISTÁN: Siempre ha sido el advertir
el santelmo del errar.
Mas, dime, ¿acaso has sabido
quién era el muerto?
ENRIQUE: Yo infiero,
Tristán, que era forastero,
de que no era conocido.
TRISTÁN: Al punto lo vi, señor.
ENRIQUE: Pues, ¿en qué?
TRISTÁN: En que fue vencido
que a ser en Madrid nacido,
supiera reñir mejor.
ENRIQUE: ¡Pobre mozo! No pensé
matarle.
TRISTÁN: Como a la herida
no tomaste la medida,
vínole muy grande.
ENRIQUE: A fe

que estás de gracia.
TRISTÁN: Yo vi
que no eran al pelear
tus intentos de matar,
mas tus estocadas sí.
¿Sabes lo del vizcaíno?
ENRIQUE: Dílo, pues lo has comenzado.
TRISTÁN: Tomó un arcabuz cargado
y apuntóle a un su vecino.
Dijo el otro, dando un grito,
"Mira que me matarás."
Y él respondió, "Queda estás;
que yo tirarás quedito."
ENRIQUE: ¡Bozal vizcaino!
TRISTÁN: Creo,
señor, que no era bozal.
ENRIQUE: ¿Sino qué?
TRISTÁN: Que estaba mal
con su vecino; que veo
muchos de esta condicion.
Mas según lo que imagino,
nadie tendrá mal vecino
si él mismo no da ocasión.
Vivir bien engendra amor;
el pecado se aborrece.
Pero, ¿qué es esto? Parece
que doy en predicador.
El marqués viene.

Salen el MARQUÉS y SANCHO

MARQUÉS: Pariente...
ENRIQUE: Señor...
MARQUÉS: ¿Qué habéis cometido,
que os tiene aquí retraído?
ENRIQUE: La desdicha es delincuente,
y conociendo la mía,
temo sin estar culpado.
MARQUÉS: Decidme el caso.
ENRIQUE: En el Prado
me hallé, señor, aquel día,
habrá cuatro, que a un mozuelo
dieron muerte desdichada.
Saqué en la cuestión la espada,
y así con razón recelo
--como al punto, apresurado
huyó el agresor de allí--
que alguno me culpe a mí,
malicioso o engañado;

que las tinieblas oscuras
a confundir comenzaban
las cosas, y no dejaban
ya discernir las figuras.

Por esto en este convento
estoy, Marqués, retirado;
por esto os he suplicado
que me veáis, con intento
de encargaros que sepáis
por medio de algún amigo
si indicio, fama o testigo
hay contra mí.

MARQUÉS: Libre estáis.
No paséis más adelante.

ENRIQUE: Pues, ¿cómo sabéis, señor,
que lo estoy?

MARQUÉS: Al matador
prendieron al mismo instante,
y al alguacil lo quitó
el duque Alberto, por ser
gusto de cierta mujer
que causa a la muerte dio.

ENRIQUE: Besaros quiero los pies
por la nueva que me dais.

MARQUÉS: Pues según eso ignoráis
lo que ha pasado después.

ENRIQUE: Y me holgaré de sabello.

MARQUÉS: El caso se publicó,
y a su majestad le dio
el alguacil cuenta de ello;
y el rey le dijo, "A los dos
todos os disculparan;
que el duque anduvo galán,
y anduvistes cuerdo vos."

ENRIQUE: Tal sentencia, de tal seso.

MARQUÉS: Sólo averiguar mandó
quién fue la que le obligó
al duque Alberto al exceso;
y sabiéndose no dudo
sino que lo pase mal.

ENRIQUE. Mujer será principal
quien al duque obligar pudo.

MARQUÉS: ¡Plega a Dios no venga a ser
la que pienso!

ENRIQUE: Pues, señor,
¿os toca?

MARQUÉS: Ya en mi temor
lo podéis echar de ver.
Venid conmigo; que es bien
que me aconseje con vos,

- pues sois mi deudo.
- TRISTÁN: Por Dios,
que aunque nos está tan bien
la nueva que le ha traído
a mi amo vueseñoría,
me pesa a mi, que vivía
con gran gusto retraído.
- MARQUÉS: ¿Gusto puede haber aquí
como tener libertad?
- TRISTÓN: Si va a decir la verdad,
otro hay mayor para mí.
- MARQUÉS: ¿Cuál?
- TRISTÁN: Comer.
- ENRIQUE: Necio, ¿comienza
tu desvergüenza a afrentarme?
- TRISTÁN: Comienza, por no dejarme
acabar de tu vergüenza.
Si a un marqués deudo
y amigo niegas tus necesidades,
¿qué aguardas? ¿Te persuades
que habrá milagro contigo?
Señor, ésta es la verdad.
Después que está retraído
en la Vitoria ha vivido,
con la mucha caridad
de estos padres, en la gloria;
y sin duda que por eso
pusieron el Buen Suceso
tan cerca de la Vitoria.
Y así es grande impertinencia
irnos de aquí; que ha de ser
forzoso, para comer,
mendigar otra pendencia.
- MARQUÉS: Corrido, por Dios, estoy.
Don Enrique, ni mostráis
que por noble me estimáis,
ni que vuestro deudo soy.
- ENRIQUE: Ved, señor, que ha gracejado
Tristán, que es un hablador.
- TRISTÁN: No tiene ya mi señor,
de pobre, más de un criado,
y ése sirve de bufón;
que es lo mismo que tener
un vestido solo, y ser
con bordado y guarnición.
- MARQUÉS: Yo sé muy bien lo que pasa
un pretendiente en Madrid.
De aquí adelante os servid
de mi mesa y de mi casa.
- ENRIQUE: Señor...

MARQUÉS: A tan justo intento
 la cortedad no replique.
 Adereza a don Enrique,
 Sancho, en mi casa aposento.
ENRIQUE: Vuestro pecho en todo muestra
 el ánimo liberal.

A TRISTÁN

MARQUÉS: Pasa tú la ropa.
TRISTÁN: ¿Cuál?
 ¿La del huésped o la nuestra?
 Porque si la nuestra, digo
 lo que aquel sabio decía.
MARQUÉS: ¿Y era?
TRISTÁN: Que siempre traía
 toda su hacienda consigo.

Vanse. Salen LEONOR, BELISA y TELLO

LEONOR: Aquel día desdichado
 que en tu casa, amiga, estuve,
 y gusto y ocasión tuve
 de irme a pasear al Prado,
 fue Tello el valiente autor
 de la hazaña que he contado.
BELISA: Con razón ha granjeado
 el del duque y tu favor
LEONOR: Al duque debo y a Tello
 de dos gustos recompensa;
 a Tello el vengar mi ofensa
 y al duque el favorecello;
 si bien me lastima en parte
 castigo tan inhumano.
BELISA: Pesada tienes la mano.
 ¡Dios me libre de enojarte!
TELLO: Sin verla, influyó valor
 en mí la hermosa Leonora.
LEONOR: (¡Quién te le influyera agora **Aparte**
 para merecer mi amor!
 ¡Oh, nunca justos efetos
 del ciego autor de crueldades!
 ¿Por qué igualas voluntades
 en desiguales sujetos?)
TELLO: ¿Cómo te va de rigor
 con don Enrique, señora?
BELISA: Tello, no ablanda el que llora
 a quien no mueve el Amor.

LEONOR: ¿Quién es don Enrique, amiga?

BELISA: Un honrado caballero
que me quiere y no le quiero.

LEONOR: ¡Falso Amor, que no se obliga
de una afición verdadera!
Lo mismo que tú padezco.

A quien me quiere aborrezco.

BELISA: Querrás a quien no te quiera.

TELLO: Pues el duque mi señor,
antes que parta de aquí,
ha de recibir por mí
de tu mano algún favor.

LEONOR: Hasta aquí le he entretenido,
viéndole perder el seso,
por no obligarle a un exceso,
dándole favor fingido.

Digo favor en dejarme
servir de él con tal medida,
que ni me muestre ofendida,
ni quiera de él obligarme.

Y si le tengo de hacer
por tan honrado tercero
algún favor verdadero,
desengañarle ha de ser.

TELLO: No, señora. Si su daño
no ha de remediar así,
no pierda el gusto por mí
en que le tiene su engaño.

Sale CASTRO

CASTRO: Hermosa doña Leonor,
la justicia, sin dejar
que te viniera a avisar,
la escalera y corredor
ha pasado, y llega ya
a esta cuadra.

TELLO: (¡Soy perdido! **Aparte**
¡Sin defensa me han cogido!)

LEONOR: La justicia, ¿qué querrá
en mi casa?

Salen algunos ALGUACILES

ALGUACIL: Perdonad
que sin avisar entremos;
que para hacerlo traemos
orden, de su majestad;

y si no soy más cortés,
disculpa tiene el rigor;
que es mal ministro de amor
quien de justicia lo es.

TELLO: (Pagaré yerros ajenos.) **Aparte**

ALGUACIL: Un coche aguarda. Tomad
el manto, y perdón me dad,
Leonora.

TELLO: (Del mal, lo menos.) **Aparte**

LEONOR: ¡Yo presa! ¿Qué he cometido?
Sacadme de confusión.

ALGUACIL: Yo pienso que es la ocasión
de esto el haberse sabido
que la distes al suceso
de aquella muerte del Prado,
y que de vos obligado
quitó el duque Alberto el preso.

Y así mandan que a Alcalá
os llevemos desterrada.

LEONOR: (¿Hay mujer más desdichada? **Aparte**

¡Qué descolorido está
Tello! Mas que quiere hacer
algún desatino es llano;
que es demonio en cuerpo humano,
y me ha de echar a perder.)
¡Repórtate, por mi vida,
Fernán Tello!

Habla aparte con él

TELLO: Pues, ¿qué hago?

LEONOR: No, no, no me satisfago;
la color tienes perdida.

Yo te conozco. ¡Detente,
no me suceda peor!

TELLO: (De miedo estoy sin color, **Aparte**
y piensa que de valiente.)

LEONOR: Belisa, llégate aquí,
ayúdamele a tener.

TELLO: (¿Al fin yo tengo de ser **Aparte**

valiente por fuerza? Sí,
vaya.) No tengas temor;
mas déjame hacer siquiera
que estos dos sin escalera
bajen desde el corredor.

LEONOR: ¡Mirad si le conocí
luego en el rostro el intento!

TELLO: ¡Que tengan atrevimiento
para haberse entrado aquí!

¡Suelta!
LEONOR: ¡No te has de arriesgar,
 por vida del Duque!
TELLO: ¡Tente;
 que ese freno solamente
 me pudiera reparar!
LEONOR: ¡Ah! ¡Qué bien sobre el valor
 asienta la cortesía!
 (No en balde a mi pecho envía **Aparte**
 tantas centellas tu amor.)

A BELISA

 Tú, si a compasión te obliga
 mi desdicha...
BELISA: No habrá cosa
 para mí dificultosa
 si tú la quieres, amiga.
LEONOR: Porque honor y autoridad
 contigo, Belisa, lleve,
 pues la jornada es tan breve,
 y tan larga la amistad,
 me acompaña, porque así
 tenga consuelo mi pena.
BELISA: Leonor, a entrambas condena
 quien te ha condenado a ti,
 pues un alma y una vida
 es la nuestra.
LEONOR: Tuya soy.
 Con eso aliviada voy.
ALGUACIL: Vamos pues, si sois servida.
LEONOR: Tello, adiós.
TELLO: Voy al momento
 a dar al duque esta nueva,
 si a sus ojos no me lleva
 sin vida ya el sentimiento
 de ver que pases por mí,
 señora, tales rigores.
LEONOR: Tello, tormentos mayores
 pasaré alegre por ti.

***Vanse todos. Salen el DUQUE, MARCELO, FABIO y otro
 criado***

DUQUE: Este cuidadoso fuego
 dentro del alma encendido,
 inquietud de mi sentido,
 turbación de mi sosiego,

en el mismo corazón
firmemente alimentado,
tiene el pensamiento atado
a la rueda de Ixión.

¡Tan sin piedad me fatiga
un desear importuno!

¡Hola!

FABIO: ¿Señor?

DUQUE: Cada uno
para divertirme diga
en qué ha gastado la tarde.
¡Que tenga mi amada prenda
honor que me la defienda,
y valor que me la guarde!
¡Vive Dios!... Hablad, decid,
¿qué habéis hecho?

MARCELO: Yo, señor,
salí a la calle Mayor,
Sierra Morena en Madrid,
pues allí roban a tantos
mil damas ricos despojos,
llevando armas en los ojos
y máscaras en los mantos.
Agradóme una tapada,
y al punto desenvainó
palabras con que me dio
en la bolsa una estocada.
Hízome sangre, y vertida
gran parte del corazón
--que los dineros lo son--
me dio otra mayor herida;
pues cuando yo pienso en vano
que el demás caudal me deja,
me pidió para la vieja
que llevaba de la mano.
Aquí, señor, perdí pie,
y dije, "A vos, porque os quiero,
doy, señora, mi dinero;
pero a la vieja, ¿por qué?"
Ella dijo, "No hagáis cuenta
de lo que acabáis de dar;
que quien me ha de contentar
ha de tenerla contenta."
Yo dije, "De vos me aparto;
que quiero mas, ¡vive Dios!,
no cobrar lo que os di a vos,
que dar a la vieja un cuarto."

DUQUE: ¿Donde estuvistes vosotros?

CRIADO: Yo en el Prado, y sólo vi
andar de aquí para allí

y mirarse unos a otros.

DUQUE: ¿Tu, Fabio?

FABIO: Yo en la comedia.

DUQUE: ¿Pareció bien?

FABIO: No, señor,
con ser divino su autor;
porque si no se remedia
esta nueva introducción
de los silbos, es forzoso
que pierda el más ingenioso
a los versos la afición.

DUQUE: Comedias que no agradaron,
nunca alcanzaron silencio,
porque también a Terencio
muchas en Roma silbaron.

 Cuando la comedia es buena,
nadie ofenderla podrá
que la muchedumbre da
al malicioso la pena;
 porque al vulgo cortesano,
en sabio, recto y agudo,
abatir banderas pudo
el auditorio romano.

Sale un PAJE

PAJE: Ya el camarero acabó
tan prolija enfermedad.

DUQUE: Mucho mal y mucha edad
¿que diamante no rindió?
 Téngale en el cielo Dios.

FABIO: El gobierno que tenía,
con el oficio, sería
mi remedio.

MARCELO: Y aun los dos
viviéramos descansados;
que servido por teniente,
el gobierno solamente
vale más de mil ducados.

FABIO: Y mil el ser camarero.

DUQUE: ¿Qué dices, Fabio?

FABIO: Señor,
que si algo puede el amor
tan constante y verdadero
con que tantos años ves
que he vivido en tu servicio,
el gobierno y el oficio
de camarero me des.

MARCELO: En antigüedad y amor,

en asistencia y trabajo,
yo pienso que me aventajo
a cualquiera pretensor.

CRIADO: Pues yo, señor, sólo digo
que adviertas a quién prefieres,
pues de mis servicios eres
tú mismo el mejor testigo.

DUQUE: Iguales méritos veo
y servicios en los tres,
y en mí para todos es
igual también el deseo.

Tres sois, los oficios dos.
No quisiera, y es forzoso,
dejar al uno quejoso.
Alzad dejadme por Dios,
que no es justo darme
agora más penas y confusiones
que me dan las dilaciones
y tibiezas de Leonora.

Pero, pues sabéis mi amor,
y decís que los oficios
dé a quien tenga mas servicios,
para mi será el mayor
darme alguna nueva tal
que acreciente mi esperanza,
y me prometa mudanza
de su desdén y mi mal.

Y al gentilhombre primero
que a mi pasión amorosa
haga con esto dichosa,
los oficios darle quiero.

MARCELO: Y las albricias valdrán
dos mil ducados de renta.

A MARCELO

FABIO: De modo, por esta cuenta,
que los premios no se dan
hoy, conforme fuera justo,
al que más y más fiel
ha servido, sino a aquel
que ha servido más al gusto.

MARCELO: Habiendo el señor pagado
el salario y la ración,
sale de la obligación
que le tiene a su criado.

Lo demás es equidad,
no justicia, amigo Fabio,
y no es el negar agravio

cuando el dar es voluntad.

CRIADO: Lo que importa es el favor
de Leonora prevenir;
que merecer es servir
a contento del señor.

Sale TELLO, triste

DUQUE: Vengas, Tello, enhorabuena.

TELLO: Bien venido no me des,
supuesto que no lo es
el que viene a darte pena.

DUQUE: ¿Es de Leonora? ¿Que ha habido?
Di; que el cuidado me abrasa.

¿Vienes, Tello, de su casa?,

TELLO: Sí, señor, y ha sucedido...

DUQUE: ¿Qué?

TELLO: Ya ves en los indicios
que te ha de pesar, señor.

MARCELO: (¿Mala nueva y de Leonor?
No empuñaréis los oficios.)

Aparte

DUQUE: Habla, acaba; que con eso
nuevo tormento me das,
pues paso de más a más
los temores del suceso.

TELLO: Pues la nueva desdichada
es forzoso darte, ha sido
que en este punto ha salido
para Alcalá desterrada
por el exceso del Prado
tu Leonora triste y bella
y Belisa va con ella;
que su amistad la ha obligado
a que pretenda aliviar
así la pena que lleva.

DUQUE: ¿Y ésa, Tello, es mala nueva?
Los brazos te quiero dar.

Pónganme el coche al momento,
de camino. A mi Leonora
sigamos, Tello; que agora
espero verme contento.

Éste es el medio mejor
de conseguir mi esperanza,
porque con esta mudanza
pienso verla en su rigor;
que en el camino, en la venta,
en el campo, en la posada,
vivirá menos guardada;
y estando más descontenta,

estimaré mi afición
por que sus penas consuele;
que en las desventuras suele
mudarse la condición.

tendrá ocasión de servirla
y a Belisa; que pues va
con Leonora, ella podrá
en mi favor persuadirla;
que es la mejor tercería
la de una amiga. No hubiera
suceso en que más pudiera
fundar la esperanza mía;
y pues tú diste el primero
tan feliz nueva a mi amor,
tú eres ya gobernador,
Fernán Tello, y camarero.

FABIO: ¡Bueno, por Dios!

TELLO: Esos pies
me da, señor, a besar.

DUQUE: Alza, Tello, a caminar.

A SUS COMPAÑEROS

MARCELO: ¡Buenos quedamos los tres!

FABIO: Dio Tello en la coyuntura.

CRIADO: ¡Paciencia!

TELLO: (¡En lo que entendí **Aparte**
dar pena, contento di!
Todo, en efeto, es ventura.)

Vanse

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

Sale el DUQUE, TELLO, MARCELO, FABIO y JULIO

DUQUE: ¿Que no harás esto por mi?

FABIO: Señor, yo soy un peón
que en la montaña nací.
Tan caballerosa acción
en mi vida la emprendí.
Y pues del caballo infiero
que se dice el caballero,
Fernán Tello que lo es,
y está ya rico, los pies
vista de dorado acero.

DUQUE: (Ésta es invidia.) **Aparte**
Marcelo,
yo me he de valer de ti.

MARCELO: Si tú lo mandas, harélo;
mas al camarero así
causar envidia recelo,
porque siempre al más privado
empresa igual ha tocado;
y a pensar le obligarás,
si a mí ese cargo me das,
que soy de ti mas amado.

DUQUE: ¡Qué poco gusto sabéis
darme, necios, enfadosos,
cuando tan triste me veis!
(Todos están envidiosos **Aparte**
de Tello.) Presto veréis
cuán bien empleo el favor
en quien me sirve mejor.
Tello...

TELLO: Detente, y advierte
si puedo yo de otra suerte
festejar a tu Leonor.

DUQUE: ¿Has de salir?...

TELLO: No sabré.
¿Gustas de verme afrentado?
Jamás gobernó mi pie
más que el estribo quebrado
de una mula de alquilé.
Yo nací en puerto de mar,
donde es sólo navegar
lo que se pratica y sabe.
El caballo de una nave
sí me atrevo a gobernar,
cuando en líquida región
por pies lleva blancas velas,
riendas las escotas son,
el viento ministra espuelas
y presta freno el timón;
mas en públicos lugares
no quieras, sin que repares
en el riesgo en que me pones,

que con no expertos talones
hiera sentidos ijares,
y en racional sujeción
tenga de un bruto valiente
la ignorada condición,
y la incierta mano intente
poner cierto el garrochón.

DUQUE: Ágil y andaluz mancebo
eres, Tello, y yo me atrevo
a apostar que a dos liciones
que te dé solas, te pones
en los caballos de Febo.

Y el que has de llevar es tal,
tan presto, tan arriendado,
tan cierto en acción igual,
que de un bruto gobernado,
obra como racional.

Haz esto, Tello, por mí;
que estando Leonora aquí
desterrada y triste, es justo
que su pena y su disgusto
procure aliviar así,

ya que yo tengo de estar
encubierto, por seguir
mi pensamiento, sin dar
en Alcalá qué decir y
en Madrid qué remediar.

TELLO: Lo mismo fuera, señor,
si le importase a tu amor,
que yo en el coso probara
solo y a pie, cara a cara,
con el toro mi valor.

Como lo ordenares sea.

DUQUE: Por eso en ti mi afición
tan justamente se emplea.

TELLO: Mayor es la obligación
que el alma pagar desea.

Da por cumplido tu intento,
como esta facción le importe.

DUQUE: ¡Hola!

JULIO: Señor...

DUQUE: Al momento,
causando afrentas al viento,
parte a traer de la corte
tantos diamantes, que el velo
que de estrellas borda el cielo
a Tello pueda envidiar.

Vase JULIO. FABIO habla aparte con MARCELO

FABIO: De esta vez han de vacar
los dos oficios, Marcelo.

MARCELO: Eso sí, coma las duras
el que come las maduras:
pues tiene con qué curarse,
ruede; que así han de mezclarse
con desdichas las venturas.

DUQUE: En el rucio celebrado,
de mi mano alicionado,
Tello, en la plaza entrarás.

FABIO: (¡Pobre caballo! Tú irás **Aparte**
rucio y volverás rodado.)

Sale CELIA, con manto

DUQUE: ¡Celia amiga! ¿Por acá?

CELIA: A avisarte que Leonora
a gozar del campo va.

DUQUE: Di que va a ser nueva Flora
de los prados de Alcalá.
Y, ¿adónde va?

CELIA: Yo sospecho
que hacia la parte que ha hecho
fértil el undoso Henares.

DUQUE: Porque rinda Manzanares
desde agora humilde pecho,
parto a seguirla al momento.
¡Ah, Celia, amiga fiel!
Si alcanzo el fin de mi intento,
pídeme en albricias de él
cuanto pinte el pensamiento;
y hoy, pues a verla y seguilla
voy por ti, toma el diamante,

Dale una sortija

que el sol en sus rayos brilla.
¡Oh, Henares, presta a un amante
feliz tálamo en tu orilla!

Vanse el DUQUE y los CRIADOS

CELIA: Vencerás, si puedo; que es
un vivo despertador
del ingenio el interés,
y en diligencias de amor

han de ser de oro los pies.

Vase CELIA. Salen el MARQUÉS, don ENRIQUE y TRISTÁN, poniéndose un sayo caperuza de labrador

MARQUÉS: La vida nos va, Tristán.
TRISTÁN: ¡Pluguiese a Dios que en Turquía
tuviese el Rey tal espía
al lado de Solimán!
Los gustos y los enojos,
los desdenes y aficiones
infiero por las razones,
brujuleo por los ojos.
MARQUÉS: Esto importa, que en sabiendo
que el duque Alberto es amado,
dejaré, desengañado,
lo que engañado pretendo;
que los indicios que veo
mucho prueban en mi daño,
y se entra ya el desengaño
por los ojos al deseo;
que haber el Duque seguido
a Leonora me ha mostrado
que no está desesperado,
cuando no favorecido.
ENRIQUE: No concluye ese argumento,
supuesto que vos también,
aunque os trata con desdén,
venís en su seguimiento.

El MARQUÉS da un billete a TRISTÁN

MARQUÉS: Toma el papel, advertido
que Belisa no ha de ver
que lo das, ni ha de saber
que tras Leonora he venido;
porque no dudo que esté
de parte del duque, y sea,
si su vitoria desea,
la que más guerra me dé;
y mientras pretendo y sigo
ocultamente a Leonor,
ni aviso al competidor
ni despierto al enemigo;
antes, si se viene acaso
a sospechar y sentir
mi afición, he de fingir
que por Belisa me abraso;

y así lo escribo a Leonor.
ENRIQUE: Es cordura; que, en efeto,
siempre el amante secreto
es quien negocia mejor.
MARQUÉS: Por eso sin firma mía
va el billete.
ENRIQUE: De esa suerte
no hay peligro.
MARQUÉS: Al darlo, advierte
que le digas quién lo envía.

Pónese una cabellera TRISTÁN

ENRIQUE: ¿Que cabellera te pones?
TRISTÁN: Ya las cabelleras bajan
tanto, que se las encajan
los pelados más pelones.
Es disfraz acomodado
para no ser conocido;
que es un remedio aprendido
en la corte, de un letrado.

Pónese TRISTÁN un parche en un ojo

MARQUÉS: ¿Qué es eso?
TRISTÁN: Un parche, y por Dios
que sé yo quien en su casa,
para no ver lo que pasa,
tiene puestos siempre dos;
que sus poltrones resabios
ponen, trocando despojos,
la bigotera en los ojos,
los antojos en los labios.
ENRIQUE: ¡Qué bien disfrazado vas!
TRISTÁN: Pues esto es cosa de risa.
ENRIQUE: ¿Más falta?
TRISTÁN: Porque Belisa
me conoce, falta más.

Métese TRISTÁN un bodoque o bala en la boca

De esta suerte se asegura
el disfraz.
MARQUÉS: Es evidente
que es el habla diferente,
y el rostro se disfigura.
TRISTÁN: Más falta; que me he de hacer,

para descuidarlos más,
del borracho.

MARQUÉS: Bien harás.

TRISTÁN: Pues a vino importa oler;
que con eso irá del todo
la invención acreditada.

MARQUÉS: Dices bien. Toma.

Dale dinero

TRISTÁN: Animada
cada invención de este modo,
haré dos mil cada día.

ENRIQUE: Vé presto, y advierte bien
si tiene causa el desdén
con que mi ingrata porfía;
que no puedo persuadirme
sino que de ajeno amor
procede tanto rigor
y resistencia tan firme.

TRISTÁN: De vuestros bienes y daños
hoy he de ser el Colón.

ENRIQUE: Es cierto, porque Indias son
en amor los desengaños;
que no hay riqueza mayor.

MARQUÉS: Antes, Don Enrique, anegue
el mar mi vida, que llegue
a tales Indias mi amor.

Vase el MARQUÉS

ENRIQUE: Tras ti vamos.

TRISTÁN: Y no es yerro,
porque ayudéis a Tristán,
si le conocen y dan
lo que llaman pan de perro.

*Vanse todos. Sale el DUQUE, acabando de leer una
carta, y TELLO, MARCELO, FABIO y otro CRIADO*

DUQUE: Dice que sin dilación
parta a Madrid; que han notado
ya mi ausencia y comenzado
a murmurar la ocasión.

Al CRIADO

Al punto ve a prevenir
postas. ¡Hola!
CRIADO: Voy, señor.

Vase el CRIADO

DUQUE: En hablando a mi Leonor,
quiero a la corte partir.
 No haré más que parecer
 en los públicos lugares;
 que en postas parto de Henares,
 y en alas pienso volver.

TELLO: Bien harás.

DUQUE: Tú has de quedar,
 Tello, a asistir a Leonor,
 con poderes de mi amor
 para servir y guardar.
 Los engaños y traiciones
 la noche los ejecuta.
 Aun no de su triste gruta
 salga a ocupar las regiones,
 cuando ocupes tú la calle
 de Leonor. De ti me fío.
 Los átomos, Tello mio,
 a este sol has de contalle;
 las sospechas con que fidio
 me aclara.

TELLO: Déjame hacer;
 que un Argos tengo de ser
 mejor que lo pinta Ovidio.

FABIO: (Pues si os dormís--¡vive el cielo!-- **Aparte**
 que ha de ver vuestra privanza
 que no duerme mi venganza.)

Hablan aparte FABIO y MARCELO

Si tú me ayudas, Marcelo,
quiero en esta coyuntura
este valiente probar.

MARCELO: Sí, bueno será quitar
 estorbos a la ventura.

TELLO: Ya llega.

Salen LEONOR y BELISA, con mantos, y CASTRO, escudero

LEONOR: Apartad el coche,

porque sin ser conocidas
aguardemos divertidas
entre estos olmos la noche.

Siéntanse las dos

BELISA: Aquí del famoso Henares
el claro cristal gocemos,
porque con él olvidemos
la ausencia de Manzanares.

DUQUE: Tello, entretén a Belisa.

TELLO: Tiempo daré a tus amores.

Lléganse a las damas

DUQUE: Ya alegra el campo sus flores,
ya el agua aumenta su risa.

LEONOR: El duque.

Vase a levantar LEONOR, y ténela el DUQUE

DUQUE: No os levantéis,

Arrodíllase el DUQUE

si no es que al dichoso suelo
que habéis convertido en cielo,
dar queja de mi queréis.

LEONOR: Señor, no es razón que estéis
de rodillas.

DUQUE: ¡Ay, Leonor!
Cuando no os duele mi amor,
¿del cuerpo tenéis piedad?
Esa compasión guardad
para el alma, que es mejor.

El cuerpo, señora, que es
de barro humilde formado,
¿reparáis en que de estrado
sirva a vuestros blancos pies?
Y el alma, a cuyo interés
no se iguala precio humano,
¿dejáis que os adore en vano
siempre a esos pies derribada,
sin ser jamás levantada
de vuestra dichosa mano?

LEONOR: (¿Qué le puedo responder, **Aparte**
si en una misma ocasión
me enfrena mi obligación
y me obliga su poder?
Si se ausenta, no he de ver
al que causa mi tormento;
si favorecerle intento,
su poder y mi favor
darán licencia a su amor
a un injusto atrevimiento.)

Sale TRISTÁN, con el disfraz

TRISTÁN: (Hablando están dos a dos, **Aparte**
el duque a Leonor, y Tello
a Belisa. Agora es ello.
Embisto en nombre de Dios.)

Llega TRISTÁN haciendo del borracho

¡Ah, buen señor! ¿Quién sos vos?
Y vos, que humilde os adora
santa, ¿quién sos, mi señora?
CASTRO: ¡Qué borracho tan perdido!
¡Aparta!
TRISTÁN: Yo so Cupido,
que bajo del cielo agora.
TELLO: ¡Graciosa transformación!
TRISTÁN: Señora, quíerale bien
al señor; que a fe que tien
bien abierto el camisón.
DUQUE: Bien herido el corazón,
dirás mejor.
TRISTÁN: Cosa es crara,
que es de morir esa cara.
¿No os quiere?
DUQUE: No.
TRISTÁN: ¡Voto a ños,
que si yo fuera que vos!...
DUQUE: ¿Qué hicieras?
TRISTÁN: ¿Qué? La dejara.

*TRISTÁN se deja caer junto a LEONOR y
fíngese dormido*

LEONOR: (¡Ojalá!) **Aparte**
DUQUE: ¡Qué buen consejo!
CASTRO: Durmióse.
TRISTÁN: (¡Bien lo entendéis!) **Aparte**

DUQUE: Cuando el alma me tenéis,
¿cómo viviré si os dejo?
Con justa causa me quejo.

TELLO: ¡Que habiendo el duque servido
tanto a Leonor, haya sido
tan constante en su crueldad!
Belisa, a decir verdad,
yo no fuera tan sufrido.

BELISA: El que no espera no alcanza,
y lo que yo te aseguro
es que del duque procuro
ver cumplida la esperanza.

TELLO: Él tiene en ti confianza.

Sale un CRIADO

CRIADO: Prevenidas están ya
las postas.

LEONOR: Pues, ¿de Alcalá
os partís? (Ya no lo puedo **Aparte**
encubrir: sin alma quedo
si Tello también se va.)

DUQUE: Agora mal negaréis
efeto tan conocido.
Mi partida habéis sentido.
Claro está que amor tenéis.

LEONOR: ¿Yo la siento? ¿En qué lo veis?

DUQUE: No es vuestra pena muy poca,
pues al corazón os toca.
Mi bien, ¿qué color es ésa?
Lo que la cara confiesa,
¿por qué lo niega la boca?
A Madrid parto sin vida,
Tello se queda a serviros;
él podrá, Leonor, deciros
la ocasión de mi partida.
No es justo que me despida
de vos, o por no creer
que me aparto, o por saber
que pues sus alas me ha puesto
Amor, ha de ser tan presto
como el partir el volver.

LEONOR: No os fatiguéis. Lléveos Dios
con bien, señor, a Madrid.

El DUQUE habla aparte a BELISA

DUQUE: Belisa, adiós y advertid

que estriba mi dicha en vos.
BELISA: Yo espero que de los dos
esta fuerza combatida,
al fin has de ver rendida.
DUQUE: Tú sola puedes hacello.

Vanse el DUQUE y el CRIADO

LEONOR: (Como me dejes a Tello, **Aparte**
no vuelvas acá en tu vida.)
TELLO: Triste quedo.
LEONOR: (¡Qué grosero! **Aparte**
¡Triste, quedando conmigo!
¡Mal haya!... Mas, ¿qué maldigo,
si no sabe que le quiero?)
Desta súbita partida
me di la ocasión agora.
TELLO: Escribióronle, señora,
de Madrid.
CASTRO: No vi en mi vida
peña más inanímada
que este bruto.
BELISA: ¿Quién le hiciera
alguna burla que fuera
más gustosa que pesada?
TRISTÁN: (¡Bueno es esto!) **Aparte**
CASTRO: Yo imagino
que ninguna puede darle
tanta pena como aguarle
a un punto el sueño y el vino.
BELISA: Bien dices.
CASTRO: Por agua voy.
BELISA: Henares la puede dar.
CASTRO: Un vaso quiero buscar.

Vase CASTRO

BELISA: Y ven presto.
TRISTÁN: (Oyendo estoy, **Aparte**
traidores; mas proseguir
la ficción importa agora,
y lo que tratan Leonora
y Tello a solas oír;
que al bautizarme Belisa,
con su agua misma procuro,
por dejar mi vino puro,
dejar aguda su risa.)

Sale don ENRIQUE

ENRIQUE: (Pues el duque se ha ausentado. **Aparte**
ventura quiero probar;
que Tello no ha de estorbar
el remedio a mi cuidado.)
Belisa hermosa...

BELISA: ¿Qué es esto?
¿Es don Enrique?

ENRIQUE: Señora,
es quien la dicha que adora
sigue, a su fortuna opuesto.

BELISA: Tras de tantos desengaños,
¿qué pretendes? ¿Qué porfías?

ENRIQUE: Crüel, las firmezas mías
se alimentan de los daños.

BELISA: Por eso de mí te vengas
en mi honor; que en Alcalá
y en Madrid, ¿qué se dirá
de que siguiéndome vengas?
Tú quieres verme perdida;
que esto no es quererme bien.

ENRIQUE: No culpes, señora, a quien
viene buscando la vida.

LEONOR: Vaya a Madrid; que es razón
desmentir a las espías.
(Insufribles ansias mías, **Aparte**
aquí tenéis la ocasion,
pues vuestra dicha es tan poca,
acabad de reventar,
por el pecho a matar,
a dar vida por la boca.
Ya del terrible dolor
la paciencia está vencida;
callar acaba la vida,
hablar infama el valor.

Mas bien es que mi cuidado
por tales medios le diga,
que parezca que me obliga
más que amor, razón de estado.

Con más decoro encamino
mis intentos de este modo.)

TRISTÁN: (Por Dios, que me duermo todo; **Aparte**
de las suyas hace el vino.)

Duérnese TRISTÁN

LEONOR: De tu pecho principal

confiada, Fernán Tello,
si bien debajo del sello
del secreto natural,
 comunicarte el archivo
de mi corazón prevengo,
las aflicciones que tengo
y remedios que apercibo,
 pues me da esta soledad
ocasión tan deseada.

TELLO: Hablar puedes confiada,
 señora, en mi voluntad.

LEONOR: Don Bernardo de Luján
 y doña Isabel Mejía
 me dieron en su nobleza
 la ocasión de mis desdichas.
Soy única sucesora
de una casa no muy rica,
pero tal, que a un noble esposo
puede dar dichosa vida.
Viome el duque tu señor
en la Trinidad en misa
una fiesta, que me ha dado
de trabajo tantos días.
Dio en mirarme, dio en seguirme,
no sé si en amarme diga;
que tiene a veces de amor
apariencia la porfía.
Ya mis amigas granjea,
ya mis criadas obliga,
que siempre alcanzó
el poder poderosas tercerías.
Sus músicas las ventanas
de noche me solicitan,
y sus caballos la puerta
me desempiedran de día.
Al principio--esto confieso--
me tuvo desvanecida
la grandeza del amante
y la imprudencia de niña.
Parecióme--¡oh, propio amor!--
que, ciego el duque, podría
levantar a su excelencia
por mi hermosura mi dicha;
que mis locas esperanzas
ejemplares me ponían,
y disculpaban su exceso
mis presunciones altivas.
Estos engaños hicieron
que su pensamiento admita,

que su esperanza entretenga;
siempre cauta, si no esquiva;
que nunca de mí alcanzaron
sus amorosas caricias
más respuesta que escucharlas
ni más favor que admitirlas.
Mas como el tiempo y los casos
en edad más entendida
su injusto intento descubren,
mi ciego engaño averiguan;
contra su amor y poder,
que mi perdición codician,
defensas traza el temor,
trazas el honor fabrica.
Desdeñarle era irritar
a una violencia sus iras;
favorecerle era abrir
las puertas a su osadía;
y así entre los dos extremos
mi resistencia camina,
ni con favor que provoque,
ni con desdén que despida.
Tú, pues que su lado ocupas,
que en su pensamiento privas,
que su inclinación gobiernas
y su voluntad inclinas;
si piadosa alma te informa,
si noble sangre te anima,
si la razón te conmueve,
y si una mujer te obliga,
da sagrado a mis peligros,
de suerte los casos guía,
que ni al duque precipiten,
ni honrado esposo me impidan.
Por tus manos quiero el bien;
en ellas me pongo; ¡mira
cuánta obligación te pone
quien tanto de ti confía!
A tu valor se encomienda
una mujer afligida.
Ya corren por cuenta tuya
mis desgracias o mis dichas.
Y mira que puede ser
que si con honra me libras
de este naufragio, a la tuya
venga a importar algún día.

TELLO: Señora, aunque te agradezco
que en tu defensa me elijas,
ser contra mi dueño mismo
me acobarda y desobliga;

y no sé qué pueda más
importar a la honra mía
que guardar la fe al señor,
naturalmente debida.

LEONOR: (¡Qué torpe es quien no es amante!) **Aparte**
Bien fácil lo entenderías
si advirtieses lo que arguye,
si vieses qué significa
la que pone por tu cuenta
su ventura o su desdicha.

TELLO: ¡Espera!

LEONOR llama al cochera que está dentro

LEONOR: ¡Llega ese coche!
TELLO: ¡Señora!
LEONOR: ¡Tello, desvía!
TELLO: ¡Díme...!
LEONOR: Harto he dicho por hoy;
no demos nota a Belisa.
¿No vienes, amiga?
BELISA: Vamos.

Vase LEONOR

TELLO: (No creas lo que imaginas, **Aparte**
alma incapaz de tal bien;
no te mate la alegría.)

Reparando en don ENRIQUE que habla con BELISA

Mas, ¿no es don Enrique? Él es.
No estorbarle es cortesía,
darle tiempo es amistad.
Hable a su adorada esquiva
mientras veo si Leonor
lo que he entendido confirma;
que es tanto el bien, que aunque vea
y escuche clara mi dicha,
pensaré que me han mentido
los oídos y la vista.

Vase TELLO

BELISA: Perdona, que es imposible;

que el corazón no se inclina.
ENRIQUE: Pues perdona; que es forzoso
que aunque te canse te siga.
BELISA: Piensa que sigues el viento
con torpes pies; imagina
que un rayo sigues; que sigues
al sol en su esfera misma.

Vase BELISA

ENRIQUE: Bien sé yo que sigo el viento,
el rayo, el sol, enemiga;
porque todos tres se encierran
en tu condición esquiva.

*Vase ENRIQUE. Sale CASTRO, con un cántaro
de agua*

CASTRO: ¿Don Enrique en Alcalá?
¡Bueno a fe! Todos a guisa
de caballeros andantes
tras sus infantas caniman.
Sin ver lograda la burla,
se entra en el coche Belisa;
mas pues yo pasé el trabajo,
pase el cuero la mohina.

*Al revolverse TRISTÁN durmiendo se le caen
la caperuza, cabellera y parche*

¿Qué es esto? Por Dios que trae
la cabellera postiza.
Mas, ¿no es Tristanillo? Él es.
La cabellera me hacía
desconocerlo. ¿Qué enredo
tales disfraces maquinan?
Un papel tiene en el pecho.

Sácale el papel

Él me dirá estas enigmas.
Y con esto...

Échale el agua en la cara

Labrador,
despertad; que viene el día.

Vase CASTRO. TRISTÁN se despierta y hace ademanes de nadar

TRISTÁN: ¡Que me ahogo, que me ahogo!
¡San Crispín! ¡Santa Lucía!
¡Qué terrible tempestad!
¡Echa un cabo! ¡Arriba, arriba!

Sake don ENRIQUE

ENRIQUE: ¡Buenos andan los disfraces,
Tristán!

TRISTÁN: ¿Quién? ¿Quién es?

ENRIQUE: ¿Dormías?

TRISTÁN: Y soñaba que la mar
me zabucaba la vida;
que Belisa y su escudero,
creyendo lo que fingía,
trataron de remojarme;
oílo yo, y mientras iba
él por agua, quiso el diablo
hacer verdad la mentira;
pues como el que duerme sueña
lo que al dormirse imagina,
y yo me dormí pensando
en la burla prevenida,
agua y mas agua soñaba,
cuando un mar se precipita
sobre mi boca y narices,
con que de aliento me priva;
y soñando que me ahogaba,
nadaba y favor pedía.

ENRIQUE: ¡Por Dios, gentil centinela!
¿En la vigilancia misma
te duermes?

TRISTÁN: Como bebí,
y estuve haciendo la espía
tendido tan grande rato,
y ha tantas noches que sisan
su acostumbrada porción
al sueño vuestras vigilías;
la ocasión me persüade,
el verde campo me brinda,
el manso viento me arrulla,
la necesidad porfía,

despacha el vino vapores
al cerebro y a la vista,
y al fin sé rinde el cuidado
a tan poderosa liga.

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: Tristán...
TRISTÁN: Señor ...
MARQUÉS: ¿Qué tenemos?
TRISTÁN: No sé, por Dios, qué te diga.
 El duque encarece mucho
 de Leonor las tiranías;
 mas ella no le desdeña,
 supuesto que le resista.
 Él parte agora a Madrid,
 y en esta ausencia a servirla
 se queda Tello, que es ya
 quien más con el duque priva.
ENRIQUE: Yo me huelgo.
TRISTÁN: Todo el bien
 le debe a tu despedida.
MARQUÉS: De saber que se va el duque
 te debo, Tristán, albricias.
 Mas después que él se ausentó,
 ¿qué trataban? ¿Qué decían
 Tello y Leonora?
TRISTÁN: De ahí
 no pasó el Evangelista.
MARQUÉS: ¿Cómo?
TRISTÁN: Dormíme a ese punto.
ENRIQUE: ¡Ved qué vigilante espía!
TRISTÁN: Flaqueza humana.
MARQUÉS: ¡Bien dieras
 mi billete!
TRISTÁN: Ya verías
 que nunca tuve ocasión,
 pues has estado a la vista.

Buscándolo

Mas--¡por Dios!--que lo he perdido,
si no es que mientras dormía
me le sacaron del pecho.

ENRIQUE amenaza a TRISTÁN

ENRIQUE: ¿Hay tal descuido? ¡Por vida!...
MARQUÉS: Enrique, tened. ¿Qué importa,

supuesto que va sin firma?
Vamos a trazar el modo
con que Leonora y Belisa
en esta ausencia del duque
nos oigan menos esquivas.

ENRIQUE: La diligencia conviene,
pues que la ocasión convida,
aunque ninguna lo es
para quien ama sin dicha.

Vanse don ERIQUE y el MARQUÉS

TRISTÁN: ¡Válgaos Dios, amantes trasgos!
Yo apostaré que hasta el día
no se acuestan, y será
mala noche y parir hija.

*Vase TRISTÁN. Salen CASTRO y BELISA, con el
papel*

BELISA: ¿Que era Tristan?
CASTRO: Sí, señora.
BELISA: ¿Por qué se disfrazaría?
CASTRO: En el papel que traía
lo echarás de ver agora.

Lee

BELISA: "Bella Leonor, de la corte
viene siguiendo un perdido
en el mar de vuestro olvido,
de vuestra hermosura el norte;
recelo, desconfianza,
recato, duda y temor
tienen oculto mi amor
y cobarde mi esperanza;
que como guardada os veo
de otros vigilantes ojos,
temiendo vuestros enojos,
sufro los de mi deseo,
hasta que el ver, Leonor mía,
que pagáis mi voluntad,
a mi amor dé libertad
y a mi esperanza osadía.
Mientras no, pienso igualar,
sin que lo estorbe el morir,
la fortaleza en sufrir

a la firmeza en amar;
y fingiendo otros intentos,
amaré vuestros despojos,
contento con que mis ojos
os digan mis pensamientos."
Acabóse. En lo postrero
mi sospecha se confirma,
porque un billete sin firma,
ser Tristán el mensajero,
haber, siguiendo a Leonor,
venido a Alcalá, y decir
que otro intento ha de fingir
para proseguir su amor,
probanza dan verdadera
de que don Enrique ha sido
quien lo escribe, y yo he servido
a su intento de tercera.

¿Quién vio falsedad mayor?
¿Quién astucias más extrañas?
¿Vos sois Enrique?

CASTRO: Las mañas
del reloj tiene su amor.

La campana es Leonor bella,
tu eres la hora; y así
apunta la mano a ti,
y da los golpes en ella.

BELISA: (¿No es bueno que me da pena? **Aparte**

¿No es bueno que estoy celosa?
¡Ah, condición codiciosa
sólo de la dicha ajena!

Huí cuando me seguía,
desdeñando y ofendiendo,
¡y ya me da pena huyendo
quien siguiendo me ofendía!

Sí, no hay duda; yo lo siento.
O causa Amor el dolor,
o rabia de que mi amor
sirva al suyo de instrumento.

Pues no ha de pasar así.
¿Una amada, otra ofendida?
¿A Leonor para querida,
y para burlada a mí?

No es razón.) Castro, al momento
busca a Tello, y de mi parte
le llama.

CASTRO: Para agradarte
igualaré al pensamiento.

BELISA: (Don Enrique, bien podéis **Aparte**
otros medios intentar;
que impidiendo he de vengar

lo que intentando ofendéis.)

Vase BELISA

CASTRO: La centella del papel
gran incendio ha levantado,
y no se le hubiera dado
si tal entendiera de él.

*Vase CASTRO. Sale TELLO, con una capa de color
guarnecida*

TELLO: Declaróse mi ventura,
pues declarada, publica
Leonora que sacrifica
a mi humildad su hermosura;
y en edad tan breve, Amor,
no hay gigante ya que iguale
tu grandeza.

Sale CASTRO

TELLO: (Un hombre sale **Aparte**
de su casa. ¿Qué temor
la empieza a culpar? ¿Será
por dicha algún escudero
suyo o de Belisa? Quiero
certificarme.) ¿Quién va?
¿Es Herrera? ¿Es Castro?

CASTRO: ¿Es Tello?

TELLO: Sí, Tello soy.

CASTRO: El vestido
a la luna es tan lucido,
que pude reconocello.
¿No es el que el Duque os ha dado?

TELLO: Sí.

CASTRO: Con salud lo rompáis.

TELLO: Dios os guarde. ¿Dónde vais?

CASTRO: Ya donde iba he llegado.

*Habla en voz baja a TELLO. Salen el MARQUÉS
y don ENRIQUE*

ENRIQUE: Sin duda es él, pues la calle
por el duque en esta ausencia
guarda con tanta asistencia.

MARQUÉS: ¿Qué haremos?
ENRIQUE: Yo quiero hablalle
a solas, y ver si puedo
algún buen medio trazar,
y en tanto habéis de buscar
vos un criado.

MARQUÉS: ¿Qué enredo
imagináis?

ENRIQUE: Si obligalle
a ayudar vuestro cuidado
no puedo, con un recado
falso haré que de la calle
nos le lleve; que con eso
se consigue la intención.

MARQUÉS: Abreviar la ejecución
es acertar el suceso.

Vase el MARQUÉS

TELLO: Di que la iré a obedecer
en pudiendo.

CASTRO: Harélo así.

Vase CASTRO

TELLO: (Un hombre viene; hacia mí **Aparte**
se llega. ¿Quién puede ser?)

ENRIQUE: ¿Es Tello?

TELLO: ¿Quién es?

ENRIQUE: Amigo,
don Enrique soy.

TELLO: Señor,
tus pasos mueve el amor.

ENRIQUE: ¿Qué he de hacer? Mi suerte sigo.
De la tuya me he alegrado.

TELLO: Conozco tu noble pecho.

ENRIQUE: Grande rondador te has hecho.

TELLO: No te espantes, soy mandado,
y a gran cuidado se obliga
el que sirve a gran señor,
porque el descuido menor
por gran delito castiga;
y más cuando recibidas
tengo dél mercedes tales,
que no son gracias iguales
arriesgar por él mil vidas.

ENRIQUE: (Fuerte está por esta parte; **Aparte**
tentemos otro camino.)

Por eso mismo imagino
que jamás has de olvidarte
de que cuando pude fui
amparo tuyo.

TELLO: Jamás
lo olvidaré.

ENRIQUE: Pues, ¿no harás
sola una cosa por mí?

TELLO: Señor, en el alma siento
que así dudes de mi fe.

ENRIQUE: Pues negocia que me dé
Belisa audiencia un momento.

TELLO: Sabe que el duque mi dueño
partió a la corte, y a mí
me mandó velar aquí
sin dar un instante al sueño;
pues como está mi privanza
tan tiernamente nacida,
y es fuerza ser combatida
de la envidia y la asechanza,
temo que me han de espíar
mis contrarios, con intento
de abatirme, si un momento
me aparto de este lugar;
y esta ocasión me obligó
a ponerme este vestido
tan vistoso y conocido
que el mismo duque me dio,
porque puedan conocerme
claramente las espías
con la luna.

ENRIQUE: Bien podías,
si quieres, favorecerme
usando de traza.

TELLO: Di.

ENRIQUE: Pues dices que es el vestido
de todos tan conocido,
troquemos capas, y así
con la tuya engañaré
las espías.

TELLO: ¡Pensamiento
extremado!

Truecan las capas

ENRIQUE: Si a mi intento
no puedes hacer que dé
con recatos de su honor

Belisa a solas audiencia,
haz que me escuche en presencia,
Tello amigo, de Leonor,
porque la murmuración
así no pueda temer.

TELLO: Hoy, don Enrique, has de ver
si me debes afición.

Vase TELLO

ENRIQUE: Por dicha así con Leonora
una ocasion hallaré

en que le diga la fe
con que mi primo la adora;
que ya con Belisa doy
mi esperanza por perdida.

Sale LEONOR, a la ventana

LEONOR: (El que da vida a mi vida **Aparte**
es él que mirando estoy.

Sí, no pueden engañarme
las señas. ¿Qué guardas, di,
la calle? Solo de ti
tienes, Tello, que guardarme.

Quiero hablarle.) Caballero
de la capa guarnecida,
guarda fiel de una vida
que sólo por vuestra quiero,
no es justo--¡así os guarde Dios!--
que en guardarme os desveléis;
que bien guardada tenéis
a quien se pierde por vos.

ENRIQUE: (Por la capa se ha engañado, **Aparte**
y ser yo el duque ha creído.

No debe de haber sabido
que el vestido a Tello ha dado;
y piensa que o no ha partido
a Madrid o ha vuelto ya.)

LEONOR: ¿No me habláis?

ENRIQUE: (Fuerza será, **Aparte**
para no ser conocido,
responder a su intención.)

Sale BELISA, a otra ventana

BELISA: (Tello me vino a rogar **Aparte**
que a Enrique salga a escuchar.
Pidió lo que el corazón
deseaba, y no he querido
declararle mi sospecha
hasta estar más satisfecha;
que me puede haber mentido.
Aquél, conforme a las señas
que Fernán Tello me ha dado,
es Enrique.)

ENRIQUE: Mi cuidado,
Leonor, excede a las peñas
en firmeza.

LEONOR: A mi afición
lo debes.

BELISA: (¿Qué escucho, cielos? **Aparte**
No me engañaron mis celos.)

Salen MARCELO y FABIO

MARCELO: Gocemos de la ocasión.

FABIO: En el mismo sitio está
en que le dejé.

MARCELO: El vestido
del Duque es tan conocido,
que engañarnos no podrá.

ENRIQUE: Gente viene.

MARCELO: Muera aquí
este dichoso.

FABIO: Callar
conviene y ejecutar.

Sacan las espadas

ENRIQUE: ¡Ah, traidores!

*Al verse acometido, desenvaina y hace frente, y
étranse riñendo los tres*

LEONOR: ¡Ay de mí!
Criados, ¡traición, traición!
¡Salid a la calle presto!

Quítase de la ventana

BELISA: Ved cómo la ha descompuesto

con el temor la afición.
¡Qué rabia! No sé, traidor,
lo que pida aquí a la suerte.
Mis celos aman tu muerte,
tu vida quiere mí amor.

*Quitase de la ventana. Sale TELLO y luego salen
don ENRIQUE, y MARCELO*

TELLO: ¡Don Enrique! La cuestión
sin duda con él ha sido.

FABIO: ¡Muerto soy! **Dentro**

Vuelve MARCELO, retirándose de don ENRIQUE

MARCELO: (Nunca ha tenido **Aparte**
dicha la mala intención.)

TELLO: En cuanto bajé y salí
sucedió.

MARCELO: No hay quien aguarde
su furor.

Huye MARCELO

ENRIQUE: ¿Huyes, cobarde?

TELLO: Don Enrique...

Deteniénele

ENRIQUE: ¿Es Tello?

TELLO: Sí.

ENRIQUE: Sospecho que me han tenido
por ti los que me intentaron
dar la muerte; mas llevaron
la pena que han merecido.
Dame esa capa, y adiós;
que herido también estoy,

Destruedan capas

TELLO: Pues a acompañarte voy.

ENRIQUE: Si vamos juntos los dos
en gran riesgo nos ponemos,
Tello; que es muy conocida
tu capa. Guarda tu vida;

que mañana nos veremos.

Vase ENRIQUE

TELLO: ¡Ah, Dios! Que a tal coyuntura
me quitase yo de aquí,
para que hiriesen por mí
a Enrique? Todo es ventura.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

*Salen LEONOR, poniéndose el manto, y
CELIA*

LEONOR: ¿Que Belisa está celosa
de don Enrique por mí?

CELIA: De sus razones así
lo colijo.

LEONOR: ¡Extraña cosa!
Di, Celia, ¿qué puedo hacer
con que viva satisfecha?

CELIA: Será aumentar su sospecha
quererla satisfacer,
y así es lo mejor hacello
sin darte por entendida.

LEONOR: ¿Pues cómo?

CELIA: El ser tú querida
del marqués fue causa de ello,
pues dio ocasión a su engaño.
Si delante de ella das
favor al marqués, harás
más cierto su desengano;
que así verá, si contigo
Enrique procura hablar,
que es sólo para terciar
por su pariente y amigo.

LEONOR: Bien dices; que siempre ha dado
más segura información

aquella satisfacción
que no se da con cuidado.
CELIA: Ella sale ya.

Sale BELISA, con manto

LEONOR: Belisa,
¿Iremos?
BELISA: Aunque me siento
no bien dispuesta, me aliento
por ir a San Diego a misa.
LEONOR: De tu salud la esperanza
pon en el santo.
BELISA: (Mis celos **Aparte**
la ponen, falsa, en los cielos
de alcanzar de ti venganza.)

Vanse LEONOR y BELISA

CELIA: Mi intención he conseguido.
Al marqués quiero avisar,
para que vaya a gozar
de aqueste favor fingido.
Los prometidos doblones
me ofrezca, y salga después
de su engaño; que esto es
gozar de las ocasiones.
Dama hermosa y de valor
pretendida y festejada,
enriquece a una criada,
si sabe usar del favor.
A dos manos he de hacer,
¡y al Amor ciego pluguiera
dos mil galanes hubiera
que pescar y entretener!
Que es muy breve la fortuna
que se funda en la belleza,
y si la vejez empieza
me he de quedar a la luna.

Vase CELIA. Salen TELLO y TRISTÁN

TELLO: ¿Cómo le va de la herida?
TRISTÁN: Don Enrique, mi señor,
se siente mucho mejor.
TELLO: El cielo guarde su vida.
Díle que mire por sí,

del negocio descuidado;
que la justicia no ha hallado
indicio alguno hasta aquí,
y no hace ya diligencia.

TRISTÁN: ¡Gran ventura!

TEZLO: Grande ha sido.

TRISTÁN: Uno muerto y otro herido,
sepultarse la pendencia,
pocas veces sucedió.

TELLO: Valor en eso ha mostrado
Marcelo.

TRISTÁN: ¿Cómo?

TELLO: Ha negado
conocer a quien le hirió.

TRISTÁN: Negarálo de corrido.
¿Quédaste en San Diego?

TELLO: Sí;
que tengo un negocio aquí.

TRISTÁN: Habrás sin duda venido
con ofrendas a obligallo,
y pedirle que te guarde
de los toros esta tarde;
que has de salir a caballo,
según dicen.

TELLO: Y ha de ser
forzoso, por gustar de ello
el duque.

TRISTÁN: Dios quiera, Tello,
no nos des en qué entender,
y envuelto en polvo y en miedo
no vengas rodando a dar
tanta risa a este lugar
como el gracioso de Olmedo
a toda la corte, cuando
en el entremés entró
a dar lanzada, y salió
sin calzas y cojeando.

Vase TRISTÁN

TELLO: ¿También Tristán se conjura
a agüerarme mal suceso?
¡Plega a Dios, Tello, que en eso
no descontéis la ventura!

Salen LEONOR, BELISA y CELIA, con mantos y el MARQUÉS

TELLO: (Ya ha llegado mi Leonor, **Aparte**

y el Marqués con ella. ¡Cielos!
¡No tanto incendio de celos!
¡Basta abrasarme de amor!
Mas sin ser visto pretendo,
por satisfacerme, oílla.
La reja de la capilla
favorece lo que emprendo.)

Éntrase en una capilla a escuchar

MARQUÉS: En mil años no escucharas
de mi boca mi afición,
si tu gusto o tu opinion
por oírme aventuraras.

LEONOR: Después que de vuestro primo
vuestras penas escuché,
agradezco vuestra fe,
y vuestro recato estimo;
y a permitir más licencia
la obligación de mi estado,
en mi pecho hubiera hallado
vuestro amor correspondencia.

MARQUÉS: Por eso os beso los pies;
con ella premiado quedo.

LEONOR: De que tengo la que puedo,
vivid seguro, Marqués.

TELLO: (¿Qué infierno se enciende en mí?) **Aparte**

LEONOR: Con esto, señor, me haced,
si es que me estimáis, merced
de no dar más nota aquí.

MARQUÉS: Leonor, en sólo serviros
funda su gloria mi amor.

LEONOR: Adiós.

MARQUÉS: Con sólo un favor
descontastes mil suspiros.

Habla CELIA aparte con el MARQUÉS

CELIA: ¿Vas contento?

MARQUÉS: Celia mia,
por ti vivo, tuyo soy.

CELIA: Leonor va a los toros hoy.

MARQUÉS: Será de mis ojos dia.

Vase el MARQUÉS

LEONOR: ¿Qué te parece?
CELIA: Has tocado
 el punto con gran primor.
BELISA: (Si no es cautela este amor, **Aparte**
 mis celos me han engañado.)

Sale TELLO de la capilla

LEONOR: Tello, ¿aquí estás?
TELLO: Leonor, sí;
 que, ¿dónde sino en San Diego
 hallar pudo vista un ciego,
 tan ciego, falsa, por ti?
 ¿Dónde pudo a la verdad
 reducirse un engañado?
 ¿Dónde un loco aprisionado
 cobrar seso y libertad?
LEONOR: ¿Qué dices?
TELLO: Finge inocencia
 cuando he visto tus traiciones;
 comiencen tus invenciones
 cuando acaba mi paciencia.
LEONOR: Que te están oyendo advierte.
 No nos echas a perder.
TELLO: ¿Qué tiene ya que temer
 quien ha llegado a perderte?
 No ponga freno a mis labios
 quien no enfrena sus flaquezas;
 sepa el mundo tus bajezas,
 pues obligan tus agravios.

Sale el DUQUE que se queda escuchando

TELLO: Yo lo he visto y no lo creo.
 ¿En qué te obligó el Marqués,
 para que tan presto des
 esperanza a su deseo?
 Si por señor, ¿eslo más
 que el duque? Pues si su amor
 no merece su favor,
 ¿por qué al Marqués se le das?
DUQUE: (Celos le pide por mí. **Aparte**
 ¡Qué fe y amor de criado!)
LEONOR: Mira que te has engañado.
 No te arrojes, vuelve en ti.

TELLO: ¡Vive Dios, si no temiera

el disgusto y el rigor
con que el duque mi señor
el castigo a entrambos diera,
que yo solo con mis manos
lo remediara de modo,
que sabiendo el mundo todo
tus pensamientos livianos,
en descuento y recompensa
del sentimiento que ves,
con la sangre del marqués
lavara tu injusta ofensa.

DUQUE: (¡Qué valor y qué lealtad!) **Aparte**

Bajo a TELLO

LEONOR: El duque nos oye.
(¡Cielos! **Aparte**
Él ha entendido mis celos.
¡Perdido soy!)

DUQUE: Escuchad,
Leonor. (Disimularé **Aparte**
lo que he oído.)

LEONOR: Vuecelencia
advierta con la indecencia
que en este lugar podré.
Para mejor ocasión
el escucharle remito.

Vase LEONOR

DUQUE: ¡Ah, falsa! ¡Cómo el delito
huye el rostro a la razón!

BELISA: Duque, adiós.

DUQUE: Belisa mía,
ya veis mis penas.

BELISA: Las dos
estamos, señor, por vos.

CELIA: Tuya soy, sigue y confía.

Vanse BELISA y CELIA

TELLO: (Aquí es mi muerte.) **Aparte**

DUQUE: A Leonor
quiero seguir. Ven conmigo,
y cuenta mientras la sigo
qué fue esto.

TELLO: Nada, señor.

(Todo lo ha oído.) **Aparte**
DUQUE: ¿No vienes?
TELLO: (Sin duda quiere sacarme **Aparte**
de la iglesia a castigarme.)
DUQUE: Acaba. ¿Qué te detienes?
TELLO: Dijéronme que ha tenido
la justicia indicios hoy
de mi delito, y estoy,
señor, aquí retraído
hasta asegurarme.
DUQUE: Tello,
quien lo ha dicho se ha engañado.
Yo lo sé bien; que he tratado
hoy con un ministro de ello.
No tienes qué recelar;
conmigo vienes seguro.
TELLO: (¡Que por más que lo procuro, **Aparte**
no he de poderme escapar)
Mejor será no ponerte,
señor, en ese cuidado.
DUQUE: Necio, viniendo a mi lado,
¿quién ha de osar ofenderte?
Y más cuando la razón
tan clara llevas contigo,
pues diste justo castigo
a tan infame traición.
TELLO: (No hay remedio.) **Aparte**
DUQUE: Acaba, di.
¿Por qué con Leonor reñías?
TELLO: ¿Yo reñir? Te engañarías
si tal pensaste de mí.
DUQUE: ¡Ah, buen Tello, ejemplo extraño
de prudencia y de valor,
pues sin que sienta el dolor
quieres remediarme el daño!
Dame esos brazos. Bien vi
que con Leonora reñías,
y enojado le pedías
celos del marqués por mí.
TELLO: (De vida soy.) **Aparte**
Sí, señor;
con él la vi, y--¡vive el cielo!--
que a no enfrenarme el recelo
de que le diera a tu amor
el saber la causa enojos,
que yo hiciera que el marqués
donde tú pones los pies
no pusiera más los ojos.
DUQUE: El valor es conocido
de tu brazo y de tu pecho,

Tello amigo. Bien has hecho;
que sin hacerme entendido
quiero proseguir mi intento,
y el del marqués estorbar.

Yéndose

TELLO: Siempre al fin viene a alcanzar
quien ama con sufrimiento.

Vase el DUQUE

De buena hemos escapado.
Quiero avisar a Leonor
de que el duque mi señor
la historia no ha penetrado.
¡Caso extraño! Mi locura
ha aplicado a su afición;
que aun con la misma traición
sabe obligar la ventura.

Vase TELLO. Salen BELISA y TRISTÁN

TRISTÁN: Si va a decir la verdad,
estar tú sola penando
cuando todo el pueblo holgando,
o es locura o necedad.
Un sabio a todos tenía
la condicin tan opuesta,
que siempre entraba en la fiesta
cuando la gente salía;
y el fin de esto preguntado,
era por dar a entender
que los sabios no han de hacer
lo que el vulgo, siempre errado.
Si en tales caprichos das
tú tambien por ser famosa,
no comas, Belisa hermosa,
porque comen los demás.
Cuando vienen a la fama
de las fiestas que hace Henares
de comarcanos lugares
tanto galán, tanta dama;
cuando puebla los caminos
gente a caballo y a pie,
carros, mulas de alquilé,
coches, rocines, pollinos;

cuando en la confusa plaza
la variedad es de suerte,
que la atención se divierte
y el sentido se embaraza;
cuando el toro embravecido
entre la turbada plebe,
si como el rayo se mueve,
como el trueno da el ruido;
y del pueblo alborotado,
todo alegre y todo junto,
tantos ojos lleva un punto,
tantos pechos un cuidado.

¡Estás tú, Belisa hermosa,
sola en casa y retirada,
en tu tristeza ocupada,
y en tu ocupación ociosa.

Los toros los ha de ver
aquél que más se desvía
de fiestas, porque en tal día
no hay otra cosa que hacer;
y más en esta ocasión
que entra Tello a torear,
y sus lances han de dar
o risa, o admiración.

BELISA: Tristán, no me canses más;
que si la causa alcanzaras,
yo sé cierto que aprobaras
lo que reprobando estás;
y díme, ¿cómo no has ido
tú a los toros?

TRISTÁN: ¡Eso es bueno!
Si tu reclusión condeno,
ésa la ocasión ha sido.
Seguirte es mi ocupación,
y como no estás en ellos,
me he quedado yo sin vellos
por gozar de esta ocasión;
que como los viera yo,
soy de condición tan buena,
que en mi vida me dio pena
que el otro se huelgue o no.
Que no es de aquéllos Tristán
de vana fineza llenos,
que estiman su gusto en menos
que el que a sus ninfas les dan.
¡Agudas impertinencias,
sutilezas insufribles,
buscar en gustos sensibles
mentales correspondencias!
Yo más a lo material

califico el mal o el bien.
Lo que me sabe, esta bien;
lo que me duele, está mal;
y para con Dios remito
las finezas; que en mi son
católica la razón
y epicúreo el apetito.

BELISA: En poco estimas, Tristán,
las mujeres, según eso.

TRISTÁN: Señora, aunque no profeso
ceremonias de galán,
no reina en mi corazón
otra cosa que mujer,
ni hay bien, a mi parecer,
más digno de estimación.

¿Qué adornada primavera
de fuentes, plantas y flores,
qué divinos resplandores
del sol en su cuarta esfera,
qué purpúreo amanecer,
qué cielo lleno de estrellas
igual a las partes bellas
del rostro de una mujer?

¿Qué regalo en la dolencia,
en la salud, qué contento,
qué descanso en el tormento
puede haber sin su presencia?

Cercano ya de su fin
un monje santo, decía
que sólo mejoraría
oyendo el son de un chapín.

¡Y era santo! ¡Mira cuál
será en mí, que soy perdido,
el delicado sonido
de un órgano de cristal!

¿Sabes lo que echo de ver?
Que el primero padre quiso
más perder el paraíso
que enojar una mujer.

¡Y era su mujer! ¿Qué hiciera,
si no lo fuese? ¡Y no había
más hombre que él! ¿Qué sería,
si con otro irse pudiera?

Porque con la competencia
cobra gran fuerza Cupido.

BELISA: ¡Triste de mí, que he tenido
de esa verdad experiencia!

TRISTÁN: Según eso, ¿cómo quieres
que yo, que tanto las precio,
entre en el uso tan necio

de injuriar a las mujeres?

Que entre enfados infinitos
que los poetas me dan,
no es el menor ver que están
todos en esto precitos.

BELISA: ¿Que te dan muchos enfados?

TRISTÁN: Pues, ¿a quién no ha de cansar
uno que da en gracejar
siempre a costa de casados?

Dacá el sufrido, el paciente...
Hermano poeta, calla,
y mira tú si en batalla
mataste moro valiente.

La murmuración afean,
y están siempre murmurando;
siempre están enamorando,
e injurian a quien desean.

¿Que es lo que más condenamos
en las mujeres? ¿El ser
de inconstante parecer?

Nosotros las enseñamos;
que el hombre que llega a estar
del ciego dios más herido,
no deja de ser perdido
por el *troppo variar*.

¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto,
o tire una piedra el justo
que no incurre en este error.

¿Ser fáciles? ¿Qué han de hacer
si ningún hombre porfía,
y todos al cuarto día
se cansan de pretender?

¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos,
si todos somos extremos?
Difícil, lo aborrecemos,
y fácil, no lo estimamos.

Pues si los varones son
maestros de las mujeres,
y sin ellas los placeres
carecen de perfección,

¡mala pascua tenga quien
de tan hermoso animal
dice mal ni le hace mal,
y quien no dijere--Amén!

BELISA: En obligación te están
las mujeres, y no hubiera
fiesta, si alegre estuviera,
como escucharte, Tristán.

TRISTÁN: ¿Qué tienes? ¿No me dirás,

señora, de tanto enojo
la ocasión?

BELISA: Es un antojo
que tú cumplirme podrás.

TRISTÁN: Di, pues.

BELISA: ¿Haráslo?

TRISTÁN: Si haré.

BELISA: El disfraz de labrador
y el papel para Leonor
me has de decir cómo fue.

TRISTÁN: (¡Pese a tal!) **Aparte**

BELISA: ¿Dudas?

TRISTÁN: Señora,
¿qué disfraz o qué papel?

BELISA: ¡Basta! (¡Ay, Enrique cruel! **Aparte**
Tu traición confirmo ahora.)

TRISTÁN: (Callarlo el marqués mandó, **Aparte**
gran riesgo corro si hablo
contra; ¡que me lleve el diablo
si lo descubriere yo!)

BELISA: ¿Al fin niegas?

TRISTÁN: Ni lo he hecho,
ni sé qué dices, señora.

BELISA: ¿Enrique dónde está ahora?

TRISTÁN: Sin salud ocupa el lecho.

BELISA: (¡Ah, falso! ¡Mirad si fue **Aparte**
vana la experiencia mía!
Por ver si a Leonor seguía
o a mí, no la acompañé,
y fingiéndome indispuesta,
sola en casa me he quedado;
y él, tras su oculto cuidado,
secreto asiste en la fiesta,
y por no verme ha fingido
lo que yo por que me vea.
¿Qué es esto, cielos? ¡Que sea
traidor quien es bien nacido!
Con esto he probado que es,
para encubrir su traición,
cautelosa la afición
que a Leonor muestra el Marqués.)
¡Vete, embustero, de aquí!
¡Vete, y di a tu dueño ingrato
que ya su alevoso trato,
ya mi agravio conocí!
¡Que siga sus pretensiones,
sin que imagine el traidor
con la capa de mi amor
encubrir otras pasiones!
¿Que ha visto en mí? ¿Soy yo menos,

para que sus desvaríos,
a costa de agravios míos,
conquisten gustos ajenos?

TRISTÁN: ¿Qué dices?

BELISA: ¿Hay tal cautela?

¡Fingirse enfermo por dar
a sus intentos lugar!

¿Quién le guarda? ¿Quién le ceta?

TRISTÁN: Señora, ¡viven los cielos
que está enfermo mi señor,
y en la cama!

BELISA: Sí, de amor,
como yo lo estoy de celos.

TRISTÁN: ¿No me crees?

BELISA: Sé que ha ido
a los toros.

TRISTÁN: ¡Vive Dios,
que está, para entre los dos,
pues que me aprietas... ! (Herido **Aparte**
iba a decir, y romper
tan importante secreto.
¡Guarda fuera! Que, en efeto,
aunque es tan noble, es mujer.)

BELISA: ¿Qué te arrepientes?

TRISTÁN: Quería
decirte claro su mal,
y he reparado que es tal,
que oírlo te ofendería.

BELISA: ¡Que me quieras de ese modo
engañar! ¡Vete!

BELISA se dirige a su cuarto

TRISTÁN: Si así
me aprietas, traerélo aquí,
señora, con cama y todo.

Vase BELISA

TRISTÁN: ¡Qué nueva mudanza ha habido
en Belisa! ¡Extraña cosa!
¿Como se queja celosa
quien nunca amor ha tenido?

Mirando hacia la puerta de la calle

Mas doña Leonor es ésta.

¿Tan presto a su casa viene?
Misterio sin duda tiene
no acabar de ver la fiesta.
¡Buena ocasión se ha perdido
el marqués de ver y hablar!
Procuraréle avisar.
Por dicha no lo ha sabido;
que éste es camino real
para medrar un sirviente,
porque el gusto solamente
hace al señor liberal.

*Vase TRISTÁN. Sale LEONOR,
quitándose el manto y CELIA*

CELIA: Pues tan temprano, señora,
de los toros te has venido,
mucho Belisa ha podido.

LEONOR: Y aun me confieso deudora
de la obligación de haber
dejado a Madrid por mí.

CELIA: Si ama a Enrique y está aquí,
¿qué le quedas a deber?

Sale BELISA

BELISA: Leonora...

LEONOR: Belisa mia...

BELISA: ¿Cómo la fiesta has dejado?

LEONOR: Tu mal me daba cuidado,
tu ausencia melancolía;
y ya que a los toros fui,
por ser tan forzoso y justo
hacer al duque este gusto,
para agradecerle así
los excesos que su amor
tan liberal quiso hacer
en esta fiesta...(Por ver **Aparte**
a Tello diré mejor.)
...de esta manera cumplí
contigo, amiga, y con él,
pues parte he visto por él,
y parte dejo por ti.

Díme ya, ¿cómo te sientes?

BELISA: No sé qué diga, Leonor.
Crece y mengua mi dolor
con mil varios accidentes.

CELIA: El duque ha entrado, señora,

en casa.

LEONOR: ¡Qué atrevimiento!
No me dejéis un momento
sola con él.

BELISA: (¡Ah traidora! **Aparte**
Si le tratas con desdén,
y en tu inquietud y cuidado
tener amor has mostrado,
¿a quién puedes querer bien
sino a Enrique, pues mil casos
lo prueban?)

Sale el DUQUE

DUQUE: Como a la aurora
sigue el sol, bella señora,
siguen tus plantas mis pasos;
y como todo el lugar
está en los toros, y hallé
la calle sola, tomé
esta licencia de entrar.
Perdona excesos de amor,
cuando ya se ve rendida
al sentimiento la vida,
y la paciencia al dolor.

LEONOR: De vuestra nobleza fío
que por más ciego que estéis,
siempre, duque, miraréis
por la fama y honor mío.

LEONOR habla aparte a la criada

Celia, ¿volvióse la gente
a los toros?

CELIA: Al instante.
Ésta que tienes delante
hay en casa solamente.
Sin guarda alguna has quedado;
pues la ocasión te convida,
págale al duque

LEONOR: ¡Atrevida,
calla!

CELIA: (El diablo me ha engañado.) **Aparte**

LEONOR: (Divertir y entretener **Aparte**
con industria me conviene
al duque en tanto que viene
quien me pueda defender;
que ayudan las dos su intento,

y temo alguna violencia;
que suele la resistencia
despechar el sufrimiento.)

Supuesto que habéis entrado
sin ser de nadie sentido,
duque, seáis bien venido;
que a ocasión habéis llegado
en que deseaba el pecho
agradeceros, señor,
la fiesta que vuestro amor
hoy por obligarme ha hecho,
e intentaba relatar
a Belisa lo que vi
de los toros, porque así
su dolor pueda aliviar.

DUQUE: Será con eso doblada
la fiesta de hoy para mí.

BELISA: Di, pues, y veréla así
en tu boca mejorada.

LEONOR: El sol hermoso en movimiento leve
la tercer parte comenzaba al día,
y presurosa la alterada plebe
confusamente alegre concurría.
Según que toda se baraja y mueve,
juzgaras que la plaza se movía,
compitiendo el bullicio y el rüido
en divertir la vista y el oído.

Cuando un ligero toro, que no olvida
en Henares los pastos de Jarama,
carbón del cuerno al pie, porque despida
humo el aliento, si la vista llama,
alta cerviz, cerdosa y recogida,
sale furioso, y vengativo brama,
y a un mancebo que ve, ciego arremete,
de la cola erizado hasta el copete.

Hurtóse al golpe el joven con destreza;
y aunque volver quisiera el toro airado,
obedece a su misma ligereza,
y contra sí se mueve arrebatado,
hasta que de encontrar con la cabeza
en un mármol, cayó desatinado,
donde probó el tumulto embravecido
cuánto corta la espada en un rendido.

El segundo salió, cuya belleza
al robador de Europa dio recelo,
que lo excede en blancura; en ligereza,
al Toro vence que da signo al cielo.
Tres manchas en el anca, hombro y cabeza
negros lunares son del blanco velo,

y de color bermejo rodeadas
espesas nubes de Titán bordadas.

En breve rato en una y otra vuelta
el término cercado discurría,
dando a la mal segura turba, envuelta
en temor y alboroto, la alegría;
cuando un impulso de intención resuelta
la fiera en curso arrebatado guía
a la fuente, que está dando a la plebe
contra el toro y la sed andamio y nieve.

Arrojóse veloz, y saltó dentro
tras uno que seguro le llamaba;
a tres o cuatro arrebató de encuentro
el ímpetu violento que llevaba.
Todos visitan con el golpe el centro,
y el toro entre ellos sólo procuraba
salir, y el agua, de su humor teñida,
sepulcro de coral hizo a su vida.

En esto comenzó súbitamente
una cuestión de fieras cuchilladas,
y amontonado el pueblo diligente,
brillan al sol desnudas mil espadas.
Crece el marcial ardor, y de la gente
dos escuadras se forman encontradas.
Ésta apellida al natural Henares,
aquélla al forastero Manzanares.

Sueltan un toro, medio ya postrero
contra la lucha y cólera encendida;
era barroso y grande, aunque ligero,
corto de cuello y cuernos, escondida
en un cerdoso remolino fiero
la frente, abierta la nariz hendida,
negro de extremos, y de hocico romo,
de negra cinta dividido el lomo.

Tello, airoso, galán, gentil mancebo,
al mismo tiempo entró por otra parte,
confianza al amor, envidia a Febo,
amor a Venus y temor a Marte;
pardo el vestido; mas con modo nuevo
de diamantes tal copia le reparte,
que un diamante juzgaras el vestido
y que estaba de pardo guarnecido;

en un rucio andaluz, pisador, bello,
de grande cuerpo en proporción formado,
al ancho pecho igual el corto cuello,
de alta, corva cerviz hermoheado,
riza la crin, la cola y el cabello;
el breve rostro alegre y sosegado,
anchas las ancas, de barriga lleno,
presto a la espuela y obediente al freno.

Y parece que el toro, de ofendido
de que el pueblo por él lo desampara,
parte invidioso, y entra embravecido
al experto caballo cara a cara;
mas Tello, reportado y prevenido,
así el rejón a la cerviz prepara,
que se encontraron en la misma herida
a entrar el hierro y a salir la vida.

DUQUE: Vuestros sutiles pinceles,
Leonor, la fiesta dibujan
de suerte, que habéis vencido
la verdad con la pintura.

BELISA: ¡Que Tello matase el toro!

CELIA: ¿Qué mucho? Dióle en la nuca
como le pudiera dar
en un pie. Todo es ventura.

LEONOR: (¡Ay, Tello, de cuántas flechas **Aparte**
hieren mi pecho las puntas!)

CELIA habla aparte con BELISA

CELIA: ¡Oh, qué necio anda en perder
el duque esta coyuntura!
Sin defensa está Leonor,
nosotras de parte suya,
y la vecindad sin gente
que a impedir su intento acuda.

BELISA: Bien dices.

CELIA: ¿Cómo le puedo
advertir, sin que descubra
Leonora que desleal
doy favor a sus injurias?

BELISA: Extremada es la ocasión.
Algún medio, Celia, busca;
que así de Enrique me vengo
y mis celos se aseguran.

CELIA: Si por senas no me entiende,
no hay remedio.

Hace señas al DUQUE por detras de LEONOR

¿Qué rehusas
gozar la ocasión, cobarde?
DUQUE: (Celia me dice sin duda **Aparte**
que me atreva. Corazón,
¿qué recelas? ¿Qué te turbas?
Intenta, que a los osados
favorece la Fortuna.)

Ya, mi bien, que esta ocasión
el fin de mi mal anuncia,
pues no hay aquí quien impida
tu favor y mi ventura,
den principios tus alientos
a inspirar auras segundas,
y los astros de tus ojos
más benignamente influyan.
Dulces favores en premio
de tantas penas tributa,

Tomándole la mano

y a mis manos comuniquen
rayos de cristal las tuyas.
LEONOR: Duque, mirad...

Aparte a CELIA

BELISA: Entendiólo;
mas advierte con qué industria
al duque animo, fingiendo
que doy a Leonor ayuda.

LEONOR, como quien pide auxilio

LEONOR: ¡Belisa!
BELISA: ¡Duque, soltad!

*Despártelos; pero aprieta la mano al duque
en señal de inteligencia*

DUQUE: ¿Tú mis intentos repugnas?
BELISA: Si a emprender atrevimientos
os anima por ventura
ver que no hay hombres en casa
que a darnos socorro acudan

CELIA: (Bien le advierte.) **Aparte**

BELISA: Si el estar
en la plaza toda junta
la villa os pone osadía
para hazañas tan injustas,
valor tenemos las tres
para impedir vuestra injuria.
Frágiles son nuestros brazos;
mas no nuestras lenguas mudas.

Voces daremos al viento...

CELIA: (Al viento.) **Aparte**

BELISA: ...que el cielo escucha
si los humanos oídos
las fiestas agora ocupan.

DUQUE: (No hay que esperar; que Belisa **Aparte**
con sus razones agudas
del poco riesgo me advierte
mientras de osado me acusa,
y en tanto que me amenaza,
me anima con señas mudas;
que apretándome la mano
desmiente lo que pronuncia.)
Belisa, a un rigor tan largo,
a una condición tan dura,
ni hay amor que la resista
ni paciencia que la sufra.

Llégase a LEONOR para abrazarla

Y así, pues eres discreta,
no te espante que reduzga
a violenta ejecución
dilaciones tan injustas.

LEONOR: ¿Qué es esto, duque? ¡Escuchad!
¡Belisa!

BELISA: ¡Qué gran locura!

LEONOR: ¡Celia, ayudadme las dos!

DUQUE: En vano remedios buscas.

BELISA habla aparte a CELIA

BELISA: Yo me finjo desmayada,
Celia, por no darle ayuda;
tú finge otra cosa.

CELIA: ¡Vaya!

***BELISA, fingiendo que se desmaya, se retira
haciendo extremos, y se deja caer fuera de la escena***

LEONOR: ¡Ah, traidoras! ¡Que ninguna
me socorre!

CELIA llega como a ayudar a LEONOR

CELIA: Desmayada

Belisa la tierra ocupa;
pero yo basto. ¡Apartad!

*Apártase ella poniéndose las manos en
los ojos*

¡Muerta soy! ¡Qué desventura!
¡Con los dedos me ha quebrado
los ojos! ¡Ay, triste! ¡Nunca
te diera favor! (Por Dios, **Aparte**
que habéis de beber la purga.)

LEONOR: ¡Favor!

CELIA: ¡Confesión!

*LEONOR se entra huyendo del DUQUE, que la persigue; CELIA se
va también por otro lado. Sale don ENRIQUE, sin espada y
con un brazo sostenido en una banda y TRISTÁN*

ENRIQUE: ¡Ay, cielos!
Doña Leonor pide ayuda.
Dame esa espada.

Sácale la espada a TRISTÁN y éntrase

TRISTÁN: ¡Que siempre
has de andar en aventuras!

*Sale LEONOR, con las faldas recogidas, huyendo y
TELLO, que le sale al encuentro*

LEONOR: ¡Ay de mí!

TELLO: Leonor, ¿qué ha sido?

LEONOR: Vencerme el duque intentó
por fuerza, y Enrique entró
a tiempo que lo ha impedido.

*Salen el DUQUE y don ENRIQUE, acuchillándose, y BELISA
y CELIA deteniéndolos*

DUQUE: ¿Sabeis dónde habéis entrado?

ENRIQUE: (¡El duque es!) **Aparte**

DUQUE: ¿Sabeis quién soy?

ENRIQUE: Bien lo sé; pero ya estoy
con justa causa empeñado.

DUQUE: ¡Muera el que se me ha atrevido!
LEONOR: ¡Viva el que guardó mi honor!
TELLO: (Si es el uno mi señor, **Aparte**
 el otro también lo ha sido.
 Uno mi dama ha guardado,
 a otro debo lo que soy.)

Sale el MARQUÉS

MARQUÉS: ¿Que es lo que mirando estoy?

TRISTÁN le habla al oído al MARQUÉS

TRISTÁN: ¡A qué buen tiempo has llegado!
 Da favor a tu pariente.

Saca la espada el MARQUÉS

MARQUÉS: Duque, enfrenad el furor.
DUQUE: ¿Aquí estáis vos? Mi rigor
 es fuerza que se acreciente;
 que pues mi amor no ignoráis,
 habéis de ver--¡vive Dios!--
 que es vedada para vos
 esta casa que pisáis.
MARQUÉS: Yo he de servir a Leonor
 si al mundo todo pesare.

Acuchíllanse

DUQUE: Si mi espada no cortare
 las alas a vuestro amor.

Métese en medio LEONOR

LEONOR: ¡Duque, marqués, reportad
 el furioso desatino,
 o por mi pecho el camino
 para los vuestros buscad!
 ¿Qué es aquesto? ¿Por ventura
 es quererme, es obligarme
 destrüirme e infamarme
 con tan extraña locura?
 ¿Así me estimáis? ¿Acaso
 sois alguna parte aquí?

¿Como litigáis por mí
sin consultarme en el caso?
El fin de vuestra porfía,
el conquistar mi beldad,
¿está en vuestra voluntad,
o ha de nacer de la mía?

ENRIQUE: Dice bien.

BELISA: Tiene razón
doña Leonor, y era justo
que fuese solo su gusto
jüez de esta disensión.
Ella declare su intento,
y al que escoja la podrá
servir.

LEONOR: Lo demás será
coger en redes el viento.

DUQUE: (Pues esto ha de ser al fin, **Aparte**
ganar por la mano es justo
en obligarla.) Tu gusto
tiene mi amor por su fin.
Leonor, tu sentencia espero;
en mis servicios me fío.

MARQUÉS: En tu gusto vive el mío.
(Con esto obligarla quiero. **Aparte**
Demás que voy confiado,
pues hoy me ha favorecido,
y el duque es aborrecido,
si Celia no me ha engañado.)

LEONOR: De modo que prometéis
que a mi gusto y elección,
sin hacer contradicción,
ambos obedeceréis.

¿Cumpliréislo así los dos?

MARQUÉS: Que lo cumpliré aseguro
como quien soy.

DUQUE: Yo lo juro,
Leonor, al cielo y a vos.

LEONOR: Pues tan confiada estoy
supuesto que es ley forzosa
vuestra palabra, de esposa
a Tello la mano doy.

MARQUÉS: Es engaño.

Aparte al MARQUÉS

LEONOR: Yo he de ser
del duque si lo impedís.

DUQUE: ¡Leonor!...

Aparte al DUQUE

LEONOR: Si contradecís,
al marqués he de escoger.
MARQUÉS: (Tello la goce marido, **Aparte**
y no el duque vencedor.)
DUQUE: (Dársela a Tello es mejor **Aparte**
que ser del Marqués vencido.)
Dale la mano.
TELLO: Señor...

Aparte a TELLO

LEONOR: Dala, o al marqués escojo.
DUQUE: O apercíbete a mi enojo,
o a lo que manda Leonor.

Aparte a TELLO

LEONOR: Bien con esto se asegura
tu celoso devaneo.
TELLO: (¡Que a lo mismo que deseo **Aparte**
me obliguen! Todo es ventura.)

Dale la mano

La mano a Leonora doy,
y los pies al duque pido.
DUQUE: Levanta.
ENRIQUE: Amigo querido,
de tu dicha alegre estoy.
TELLO: Pues a ti la debo, es justo.
ENRIQUE: Tú, pues, Tello, y tú, Leonora,
pues sabes que me es deudora
de tu vida y de su gusto,
con Belisa habéis de hacer
que galardone mi amor.
BELISA: A no haber sido traidor
no lo hubieras menester.
ENRIQUE: ¿Yo traidor?

BELISA le muestra un papel

BELISA: ¿Quién escribió

este billete?

ENRIQUE: El marqués
a Leonora, y Tristán es,
Belisa, quien lo llevó.

BELISA: ¿Cuatro noches ha, infiel,
no la requebraste?

ENRIQUE: Sí;
mas ser el duque fingí,
porque me hablaba por él.

BELISA: ¿Cómo a verme no has venido,
no yendo a los toros hoy?

ENRIQUE: Porque, pues lo viste, estoy
desde aquella noche herido.

BELISA: Basta; satisfecha quedo.

LEONOR: Acaba, Belisa mía.

TELLO: Haz ya del todo este día
venturoso.

BELISA: Ya no puedo
resistir. La mano doy.

ENRIQUE: Yo el alma y la mano.

MARQUÉS: Y yo,
duque, os la doy, pues cesó
ya la ocasión.

DUQUE: Vuestro soy.
Y pues serviros procura
el autor, noble senado,
si hoy no os hubiere agradado,
dirá que todo es ventura.

Fin de la comedia

Libros Tauro
<http://www.LibrosTauro.com.ar>